

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS



Puerta de la llamada Casa de Rojas, cuyo recuerdo, como el de otras desaparecidas, es un deber de alcurnia para los alcazareños y una necesidad para su historia

Fascículo XXXIV

DESAMPARO

Desamparo y soledad son dos de los más grandes problemas que tienen planteados todos los vecinos de los pueblos de nuestra comarca.

No hay día que no se hagan presentes en la consulta médica cuando por una u otra causa las personas no pueden atender sus necesidades, aun teniendo dinero, ni encuentran quien les ayude.

De día en día se hace más patente y extensa esta situación, hasta el punto de que nadie podrá por sí solo darle solución y será menester unirse en cada pueblo y los pueblos entre sí para que los desamparados, pobres o ricos, no perezcan en el abandono dentro de una sociedad próspera y sobrada de medios.

Es indispensable constituir en cada pueblo un patronato de personas humanitarias y de arraigo en su localidad que administre los bienes que reciba e instale adecuadamente a los desamparados, calificativo del que podrán escapar pocos, o tal vez nadie, en uno u otro momento de su vida, por muchos que sean sus medios de fortuna.

No es ésta una idea que se lance por primera vez ni expuesta por ganas de hablar. Cualquiera que observe la vida, mirándose a sí mismo, puede pensar lo que será de él si no se procura entre todos un alojamiento donde las necesidades últimas puedan ser atendidas con eficacia, con prontitud y con amor. Urge que se constituyan los patronatos y que éstos preparen las residencias donde encuentre consuelo la soledad y amparo el abandono que indefectiblemente nos ha de acompañar al final o antes si nos incapacitamos.

El problema excede a las posibilidades individuales, pero no a la suma de las buenas voluntades, y la nuestra, humildísima, está siempre dispuesta a la aportación que le permita su modestia y a la unión con quienes lo comprendan y manifiesten su deseo de resolverlo.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

DICIEMBRE 1971

Publicaciones de la
FUNDACION MAZUECOS
Alcázar de San Juan

Fascículo XXXIV

ACLARACION

El deseo de atender las indicaciones recibidas nos ha llevado a imprimir por separado el trabajo del molino manchego para repartirlo en mayor número que se viene haciendo entre los lectores no habituales.

Esto ha tenido varios contratiempos.

El primero que después de impreso aquel se han recibido las aclaraciones que el lector podrá ver en este y que deben considerarse incorporadas a la descripción primera del molino publicadas en el fascículo XXXIII.

Otra, no desdeñable, es el quebranto económico.

Y en tercer lugar el retraso que han tenido la salida del presente fascículo XXXIV y la composición de los trabajos fundamentales que figurarán en los fascículos XXXV y XXXVI.

Son azares propios de estas andanzas que extrañarán a los no habituados y que esperamos sepan perdonarnos.

Muchas gracias.

INDICE

Portada
Casa de Rojas
Contraportada 1.ª
Desamparo
Contraportada 2.ª
La Casa de Cervantes
Página 1
Aclaración
Página 2
Otro derribo memorable.
Página 29
Sucesidos
Página 30
Agustín Paniagua
Página 31
Aclaraciones
Página 40
Nuevos detalles más o menos relacionados con la medicina alcazareña.
Página 54
Recuerdo de la Veguilla
Página 55
Cosas de Esperón

Otro derribo memorable

A mi prima Paz Estévez Ramos, maja madrileña, bisnieta de Miguel y Medio, con el recuerdo indeleble del Barberillo de Lavapies.

Ha sonado la hora y la piqueta empieza a dar cuenta de la casa de Juan Antonio Candeales, el hijo del Angel, sobre el día 22 de mayo del año 1967, que de tal manera pasa a formar parte de los derribos de la Villa que quedarán en estas páginas, como el del Ayuntamiento y el de la Casa de Cervantes. En una semana escasa quedó convertida en solar.

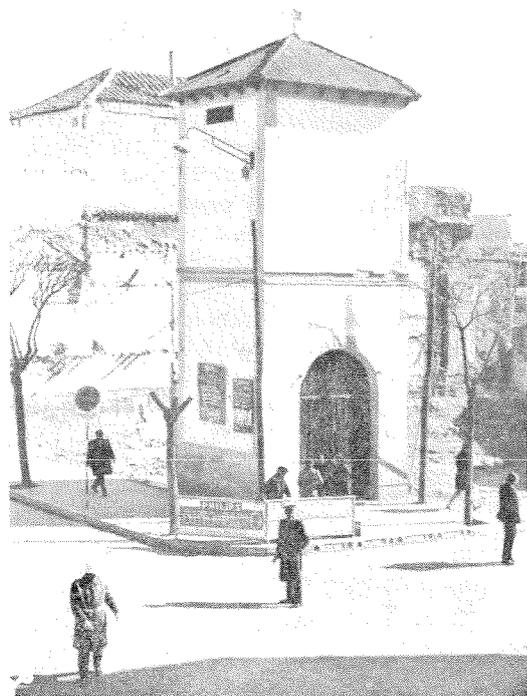
El hecho de que Julio Maroto y Pitos sintieran la necesidad de recoger en sus cámaras fotográficas esos momentos, demuestra la trascendencia de la decisión y que el espíritu público se conmovía al verla realizada. De una a otra fotografía pasaron tres años, lo que denota que al primer derribo siguió un período largo de indecisiones, de dudas, de inseguridad, percibidas y comentadas por la gente, que tampoco vio claro el acierto posible y se conformará con lo que se haga aunque luego lo falle en contra.

La tienda que se ve junto a la puerta de la calle de Juan Antonio



Todo acaba y la casa de CANDEALES, harta del bullicio que la ensordeció durante un siglo, se entrega a la demolición como cualquier viejo caduco que dormita en la solana y lo apartan para quitar estorbos.

fué zapatería desde que se salió al Cristo Inocente Vaquero a la muerte de su padre y no sé si antes, porque el local parecía que lo habían hecho para eso, si bien el Calero, seguido de Moraleda, enfrente de la barbería de Quintanilla, Ojos de Rana en el callejón y Antonio Vaquero en la Placeta, lo tenían bloqueado. En esta obra hay fotografías en las que se ve la zapatería del Cristo con su gran cortina de anchas rayas blancas y azules que entonces usaban todos los establecimientos para tapar sus puertas y preservarlas del sol y de las moscas.



El Cristo, solitario otra vez y a merced de los vientos, sin el apoyo de aquellos observadores perennes que se decía sostenían sus esquinas.

El Cristo ha venido a quedar, despues de estos derribos, solitario en la explanada, como lo estuvo entre huertas antes de hacerse este barrio. Veremos cómo lo abrigan ahora y cómo le sienta el ropaje de las fibras sintéticas, tan deslumbrantes como poco duraderas.

Es la tercera y fundamental acometida para la transformación de la Puerta de Villajos, quitándole definitivamente el aire campesino, de afueras de la Villa, ambiente de extrarradio, de gente parada no por el cansancio del esfuerzo o la fatiga, sino por la pereza mental, aumentada con esa reminiscencia de romería que se notaba el día de las Cruces. El Cristo y la Plaza eran muy diferentes. La Plaza lugar de mercaderes; el Cristo lugar de esparcimientos y mescolanzas.

La nueva solada borrará, también, de una, las pisadas rumbosas de aquella mujer primera de Candeales que desde la Cabecera del Rastro, lugar desde el que se veía el campo, como desde el Cristo el Cerro y las

Santanillas, vino a nuestro lugar del brazo nada airoso de Juan Antonio para deslumbrar por algún tiempo a los habituales del paraje a finales del siglo.

Con este derribo puede decirse que desaparece todo un mundo de costumbres o modos de vivir del cual el lance amoroso del hijo de Can-deales no pasa de ser un episodio del Madrid romántico que durante un siglo vertió en el Paseo de Alcázar la esencia de su casticismo y matizó con sus aires el constante bullir del barrio de la Estación en el que no escasearon ciertamente los rasgos de la chulapería de Lavapiés, las majezas de las timbas y las mujeres retiradas del café cantante o del de camareras por hombres del pueblo que se sintieron impulsados por un espíritu de redención muy a tono con el pensamiento del lugar y lograron, precisamente por ellas, una vida honesta —el diablo hartado de carne se metió a fraile—, sin evitar por eso la adulteración de la suya propia y aun la del pueblo todo que mostró, en esto también, su transigencia y liberalidad, con un criterio real más atento al fondo que a las apariencias de las cosas, pues estos hombres solían ser, además de buenos, modelos de formalidad y lo acreditaban incluso, con esta decisión.

Lo de Juan Antonio no era eso, pero de allí venía, con eso se relacionaba y en ese ambiente cayó, como signo de suerte para él que nació con esa estrella de tener aquel padre cuya intrepidez le llevó a tener aquella mujer, muñeca compensadora de un matrimonio burgués y estéril que le legaría sus caudales y pasarían a manos de Juan Antonio, como los de su padre, permitiéndole una vida comodona y holgada, sin pena y sin gloria ni siquiera descendencia; vaya usted a saber si por las mismas andanzas madrileñas, porque se volvió a casar y tampoco la logró siendo las familias fecundas.

AIRES MADRILEÑOS

Aquellos atardeceres míos de juego en el Paseo y, sobre todo, aquellas mañanas, mucho más continuadas por estar ya sujetas a obligación, me prepararon tan bien para la vida de Lavapiés que nada me causó extrañeza y pude continuarla como si fuera la misma, pues muchos rincones hasta exhalaban idéntico olor a vinos de Jerez y tabaco puro de la Habana.

La gente iba y venía y como Alcázar tiene de siempre esas facultades adaptativas, dió tocares y cantores suficientes para que las bailaoras y camareras de la calle de la Encomienda, de la Esgrima o de la Magdalena de la Villa del Oso y del Madroño no desdeñaran sus actuaciones en el paseo de la Villa de Alcázar ni tuvieran dificultades de comprensión ni de alojamiento. Aquello y ésto eran la misma cosa y Alcázar, segundo Madrid, mucho menos discrepante del primero que lo pudieran ser Vallecas o Tetuán de las Victorias. Salvo la aglomeración y las casas de tres y cuatro pisos, la misma gente y en las mismas condiciones se veía por las mañanas en el Paseo que por las calles de la Primavera, de Buenavista, del Olivar o de la Fé, pongamos por ejemplo, de un barrio donde los nombres claros, expresivos y eternos formaban legión, como las chavalas de oficio, las mujeres dispuestas y los hombres tumbones que se beneficiaban de su trapío.

Por el Paseo, que es el Paseo y todo lo que le rodea, circulaban los apodosados como por el resto del pueblo, tanto en los propios como en los extraños y por cierto llevados por éstos con la mayor naturalidad, como el Gorrión, Manolillo Abad, El Ratón, Cruceta, Pepe el Largo, El Estudiante, Casitas, Caspirre, La Rica, La Benigna, la Excusaera, etc.

El ambiente del Paseo era de cordialidad, tolerancia y optimismo, porque nadie creía que los pecados de amor lo fueran en realidad, ni la promiscuidad, siempre latente y a veces efectiva, fuera nefanda y todos pensaban, apreciando su propio sentir, que en realidad de verdad, llevando las cosas al último análisis, nadie podría lanzar la primera piedra y eso tendía una capa de conformidad que lo cubría todo engendrando simpatías y apoyo mutuo. Mucha gente, por no decir toda, emancipada de las tutelas familiares, ora por defunciones, ora por ausencias o esfuerzos de liberación, vivían ese momento de retorno en que el hombre, perdidos los estímulos que le hicieron reaccionar en contra, vuelve a lo suyo natural y abandona lo advenedizo, engendrando una atmósfera de honestidad ciertamente admirable, con una paz maravillosa y un silencio magnífico que aquí permitían corretear sin los acelereros de la Villa del Oso.

La misma devoción del Cristo nuestro, imagen única en el barrio, tienen por lo popular y bullanguera, los matices de las imágenes verbeneras de la Paloma, San Lorenzo o San Cayetano (la parroquia de Carruana), ante las que los pecadores pedían perdón por las culpas pasadas y por las flaquezas futuras que presentían como ciertas y que no estaba en sus manos evitar. Aquellos templos y nuestro Cristo mismo, han recibido las confesiones más sinceras de pesar y por su conducto han sido otorgadas por el Padre las indulgencias más generosas para las mayores faltas cometidas sin buscar el mal. Por algo, en la parroquia de la Chinche, el Santo que murió en las parrillas, aparecía rodeado de otros Santos acreditados en las obras difíciles, como Santa Rita, la más venerada y apoyada, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, San Antonio y San Nicolás, de cuya intercesión habían menester a diario las chulaponas del barrio, cambiantes maestras en las artes del disimulo y corredoras de artículos reservados, sin desdeñar por eso a las echadoras de cartas y brujas del candil, porque todos los auxilios les parecían pocos y lo mismo encendían una vela al Santo que otra al Diablo, con el mismo espíritu de superstición, con la misma esperanza e idéntica necesidad.

En aquel barrio florecía espléndidamente el genio alcazareño, con hombres tan representativos como Juan de Dios Raboso, diputado a Cortes por Alcalá de Henares y Chinchón muchas veces, amo efectivo de la estación de Atocha y del Hospital Provincial, más presidente del Centro Instructivo del Obrero de la calle de la Cabeza y mil cosas más, porque tuvo de sobra los cargos y la carga de la desdicha.

Sobre todos los alcazareños de la parroquia de la Chinche, que es como se conocía la de San Lorenzo en la calle de la Fé, sin excluir a Raboso, destacaba el ingenio, la agudeza y la maldiciente lengua del Cojo de la Sabina —Elías Morollón— miembro notable del ilustrado gremio zapateril alcazareño, que con José María Romero —Pirrágó— llevó hasta Madrid la bandera de sus ideales y de su pericia en el calzado hecho a medida.

Nuestro célebre torero Naranjito, —Blas Morollón— era hijo del Cojo, hijo único pero suficiente. Y véase cómo se enredan las cerezas. Naranjito fué el que trajo la plaza de toros de madera, despreciando la del corral de Guerras, donde está ahora el Banco Central y el Cine Al-

cázar, enfrente de Candeales y lo hizo a expensas de Fachano el herrero que era tío suyo, vecino, también, de Candeales por la trasera, pues vivía frente a su portada, en la otra acera de la calle del Horno, en la última casa.

El cambio entre madrileños y alcazareños no cesaba y por lo tanto la Pepa al sentar sus reales en el Cristo no debió extrañar el ambiente ni pasar ella para muchos como cara desconocida.

Por otra parte el haber vivido aquello y ésto nos permite ahora distinguir lo supuesto de lo cierto. Vivir en los barrios bajos de Madrid o en el paseo de Alcázar, que es su prolongación, equivale a lo mismo, aunque esto sea un poco más solitario y más entrometida la gente por menos numerosa.

Los barrios bajos de Madrid no se llaman así por ninguna cualidad de su vecindario, como parece sobreentenderse, es decir, por estar ocupados por gente baja, pues en su demarcación hubo casas de las de mayor alcurnia y no todas han desaparecido. Se llaman bajos porque lo son, por estar en la parte baja del cerro que es Madrid, en la cuesta abajo que no se circunscribe al casco urbano ni mucho menos, pues la pendiente llega hasta Alcázar y nuestros maquinistas han dicho siempre al ir que iban subiendo a Madrid, tanto desde el cerro de la Plata como desde el desmonte de Piédrola. Los nombres que se han citado y los que pudieran agregarse de Atocha, Huertas, Salitre, Olmo, Resa, etc., lo acreditan claramente. Y los que no aluden al terreno o al paisaje nos hablan del sentir o de la ocupación de las gentes: Calvario, Amparo, Jesús y María, Ave María, Magdalena, Esperanza, Tribulete, Encomienda, Cabestros, Dos Hermanas, Carnero, Maldonadas, Estudios, Ruda, etcétera. En la calle del Ave María y en la rinconada de los números pares, estaba la célebre botica que hacía el unguento de Cerbellón, análogo a los que en Alcázar hacían las Laureanas y Quintanilla el barbero y no menos famoso. Cerbellón era uno de los títulos nobiliarios aplicado a una dama de la casa de Fernán Núñez, la regia mansión que ocupaba más de media calle de San Cosme y otro tanto de la de Santa Isabel. Esa botica compartía la fama del barrio con la de Torres Arnau enfrente de la iglesia de San Sebastián, un poco más abajo de donde vivían Don Juan de Dios Raboso y Don Jacinto Benavente y que después fué de Covisa el pequeño. Ninguna de las dos llegaban sin embargo a la del Globo, cuya nombradía era universal, no del barrio solamente, como la de su dueño el Dr. Trasserra, que fué hasta concejal y diputado provincial muy popular. Todavía sigue el globo, pero ¡cuán desinflado!. Todo lo demás sigue también pero olvidado por completo e insignificante. ¡Con el brillo que tenía! Le valía más haber desaparecido. No es conveniente ni siquiera útil aferrarse tanto a la existencia.

Nos complace mucho poder atestiguar con retratos las alusiones verbales más o menos incitantes para que se comprenda su fundamento, debiendo por ello gracias a Isabelilla Lucas, las Ramonas y Juliana Izquierdo, Oliva Vaquero y la Salud, que no necesita más nombres, y otros amigos.

Las arrogantes mozas de la fotografía son Josefa Robles Zaínos, la de la izquierda de la fotografía, después mujer de Juan Antonio Candeales y su prima Francisca Robles, la de la fábrica de pianos, ambas con espléndidos atavíos; la Paca, de glasé natural, con miriñaque hecho

detrás formando como un lazo y la Pepa, de satén de lana, ribeteado de terciopelo con mangas de jamón y estrecho de abajo.



La Pepa se crió con sus tíos Antonio Carruana y Manuela Zaínos Martínez, dueños de la taberna del Rastro donde paraba Candeales el padre con sus portes de vino que dieron lugar al entronque familiar.

En aquel tiempo y en el mío, las tabernas de Madrid estaban pintadas de rojo, de color de sangre de toro, y las paredes empapeladas de colores más o menos oscuros que disimularan las manchas del vino tinto que salpicaban mucho al vaciarlo de los pellejos. Por asientos tenían banquetas alrededor de mesas como retostadas, envejecidas por el uso y un mostrador forrado de latón. La jaula del canario pendiente del techo, algún gato manso dormitando por los rincones y un reloj de pared con incrustaciones de nácar en la tapa de la caja. Un hueco de puerta con cortina de color sufrido comunicaba el despacho con la trastienda y por lo general con la vivienda del tabernero.

El aire de nuestra tabernerilla era de rumbo popular, con ínfulas o ligazón con más alto comercio. Su prima tenía tienda de pianos donde se rozaría con damas burguesas y hasta con las de abolengo, pero siempre a tono con la inclinación sainetesca o zarzuelera.

Puede que Juan Antonio estuviera en Madrid de soldado y con el

uniforme pareciera otra cosa, porque luego él, como hijo de hombre de empuje, todo lo que tenía de bueno lo tenía de descuidado y todavía le recuerdo con la chaqueta suelta, el moquero fuera del bolsillo y aquellos pantalones de tubo ancho que se parecían a los que llevaba Pedro Advíncula, impuestos por los celos de la Sebastiana para que no presumiera ni luciera sus formas como se estilaba y que se los cortaba su cuñado Cepillo poniendo la pieza de la pana extendida en el suelo y a él echado encima y luego le bailaban en las piernas más que al guarnicionero de la pata de palo, prendas que no concuerdan con la marchosería de la tabernerilla.

Trasplantes

En la última fotografía aparecen Juan Antonio y la Pepa, casados e implantados en Alcázar, cambiada totalmente la indumentaria de la madrileña, que lo era de naturaleza y aparece adaptada completamente al zurriago y al sombrero pavelo de Juan Antonio. Sin embargo, la fotografía está hecha en el mismo sitio que la primera, calle de San Bernardo número uno, detalle de predilección femenina que se le nota en todo a pesar de ir de pañuelo de crespón, basquiña y peinada de rodete.

Hay que decir que Juan Antonio fué de los que solo muy tardíamente



cambiaron el sombrero por la gorra, como mi padre, como Gregorio Melenas, y algunos, como Pintafrayles mismo y Casimiro el Calero, no se lo quitaron nunca. La Pepa murió el año 1925 y se había casado el 13 de enero de 1881, seguramente en San Cayetano, la parroquia de Embajadores, un poco más abajo de donde vivía el torero Vicente Pastor, esquina a Oso, lugar *non-sancto*, guarida de suripantas y organilleros, templo antiquísimo cargado de herrumbre, donde se celebraron algunas bodas de rumbo y el Señor tuvo ocasiones infinitas de ejercitar su magnanimidad santificando muchas ya efectuadas, pero aparte de eso, barrios admirables, de gentes nobles y desprendidas e inmejorable corazón, porque como dijo el Ninchi, «También la gente del pueblo tiene su *cozoncito*».

Después de haber oído tantas veces a Casitas, a Emilio el Pámpano, a Rafaelillo el sombrero, a Jesús Marchante y a otros, en los tugurios del Paseo, no podía sorprenderme que Molina el Tocaor, en la esquina opuesta a Pirrago, medianera con la calle de la Primavera y desde su piso tercero, pusiera sus notas de alondra mañanera cuando ya de día venía del colmado bebido o desvelado y se ponía a tocar la guitarra con el balcón abierto. Momento de verdadera delicia en el silencio del amanecer que sacaba de la cama a más de cuatro a escuchar desde sus ventanas y algunas, como la rubia del entresuelo, se salían en bata al balcón, entonces no se estilaban los camisones, para no perder ni una nota del armonioso punteado del artista. Era una real mujer, esbelta, buena moza y metida en carnes, rubia, más bien seria, traída y llevada por la *murmuración que no se conforma con que una naturaleza pujante* permanezca aislada en la soledad y todavía más cuando se la veía ir a la iglesia y la señora Carolina, mujer de Pirrago, menuda, resentida y estéril, la parangonaba con San Lorenzo, suponiéndola retostada en las parrillas, pero en el alborear del día parecía la musa inspiradora del tocaor o, mejor, la diosa a la que este rendía el homenaje de su arte.

Pirrago tenía una hermana muy alta y desgarbada, como él, casada con Juanillo, zapatero, menudo y cascarrabias como la cuñada. Este matrimonio tenía un hijo todos los años y suplía la falta de los otros que eran como los padres y vivían juntos, compartiendo incluso la mesa del crote. Cada vez que alumbraba la hermana provocaba el asombro de José María. ¿A ver por qué no los tenía él considerándose tan capaz en todo?

José María tenía un aire de suficiencia extraordinario, indicador de lo poseído que estaba de su valer, denotado también en las cualidades de sus gustos y en la selección de lo que debía atenderse o abandonarse. Hombre cumplidor, trabajaba para las tiendas del centro, nada de churrigurri ni remiendos. Cuando iba a entregar a la caída de la tarde se vestía majo y llevaba la obra envuelta en paños limpios, cosa no corriente en su oficio que todo lo tienen embetunado. Fumaba y tosía como un zapatero, no como un carretero, aunque lo hiciera en igual cantidad, pues el zapatero se traga el humo y el carretero lo escupe porque trabaja con el pito en la boca, cosa que no puede hacer el zapatero por estar agachado y dañarle el humo la vista obligándole a dejar el pito en la mesa. Llevaba el bigote recortado, blanco, retostado y caído, como Don Quijote y también como él tenía los dientes, la mitad de arriba de un lado y la mitad de abajo del otro, que no le casaban y farfalleaba al hablar, fallándole al comer, pero fuera de eso y con la boca

cerrada se le veía al estirarse que el espíritu hidalgo de su pueblo, del que no quería acordarse, le mantenía erguido. No alternaba en el barrio —no faltaba más—, pero se iba todas las primas noches al café de España, el mejor del barrio, el más grande, el más señorial, de Atocha esquina a Matute, con su planta alta de juego donde los señores del contorno y aún de más allá, pasaban la velada viéndolas de venir.

La comidilla política, del mismo estilo que la de Alcázar, tranquila, acomodaticia y desinteresada, se mantenía en este café con preferencia al de Zaragoza que estaba más abajo, esquina a la calle de León, después reducido a bar y en todo tiempo tenido por menos serio a causa de la presencia continua de mujeres fáciles. Antón Martín era el centro de los comentaristas, como lo era la Plaza de Cascorro y la del Progreso en sus respectivos barrios. Predominaba el espíritu liberal con ausencia total de toda clase de demagogías que se mantenían alejadas de estos barrios, pundonorosos y románticos dentro de su relajación. En el mismo corazón de éste, Santa Isabel semiesquina a Magdalena, estaba la barbería de Salazar, en un entresuelo, donde su hijo leía el periódico en alta voz y cepillaba a los parroquianos. Se hablaba de lo bien que leía y con el tiempo fué ministro de la Gobernación con Lerroux.

Raboso, el médico Don Toribio Fernández Morales y el dueño de la botica del Globo, eran los caciquillos del barrio, con el célebre alcalde de Madrid Don Alberto Aguilera que vivía en la calle de la Magdalena, todos liberales. Los actos públicos de propaganda se celebraban en el teatro madrileño de la calle de Atocha; los cines no existían, o en el de Barbieri de la calle de la Primavera, en el cual ocurrió aquel incidente sainetesco que recogió la pluma castiza de López Silva, que estando el teatro apiñado de arriba abajo, uno de los oradores, en un alarde de fogosidad proletaria, al principio de las campañas socialistas, dijo aquello de

—¡Que nos están chupando la sangre!

Y una voz del gallinero le respondió, en medio del silencio, con una de esas frases de doble sentido, tan madrileñas y tan expresivas, que el lector avisado estará adivinando y se originó tal guirigay de risas y aplausos, que de hecho acabó con el acto porque nadie hizo caso ya de lo que decían desde el escenario.

Vestía José María de capa y sombrero y en la cuesta arriba de la Torrecilla del Leal, tenía una figura más esperpéntica que la del mismo Valle Inclán, más alta, más desgarbada y mucho menos calificada. Como el hombre era progresista de los de integridad absoluta, la mujer no se determinaba a bajar a San Lorenzo a pedirle a Santa Rita y la cosa siguió así definitivamente y la rubia cada día más hermosa, más seria y más zarandeada por la vecindad. Verdad es que verla salir con la falda de capa y pañuelo de crespón era para seguirla hasta el infierno, pero ¿dónde iba cuando salía de su casa después de la media tarde? He aquí el problema. Se la podía tolerar que fuera donde quisiera, porque vivía con su madre y la mantenía, pero tanto silencio, tanta reserva, no se podía consentir sin suponer que había gato encerrado, porque ¿de qué vivían esta madre y esta hija tan decorosa aunque modestamente? Ni las planchadoras burriciegas que vivían en la tienda, parientas de Don Ruperto Chapí, el ilustre autor de La Revoltosa y que bastante tenían con sus almidonados, se resignaban a no saber dónde iba cuando salía de punta en blanco por las tardes.

Y aquel otro mozo, atildado, ya con canas, escribiente de arbitrios, que también vivía con su madre, era de los más intrigados e intrigantes, que la miraba desde la puerta del señor Higinio el tendero y ella le volvía la cabeza. Todo el mundo tenía que hacer con la buena moza y el chismoso del carbonero más que nadie, aunque el Sr. Fabián, el cerrajero, a la chita callando, con el pito en la boca, como también lo llevaba el carbonero, no ocultaba sus dudas e interrogaciones. Era un viejo de pantalones caídos, como los suelen llevar los de su oficio y cargado de espaldas como lo requiere su posición en el trabajo, que hablaba sin alzar la cabeza y sentía, como Pirrago, como el carbonero, como el Sr. Benito el ebanista, un poco manquillo, muy fumador y republicano, Antonio el Tumbacopas, guardia municipal y diabético. Don Salvador Sánchez, muy señalado de los toros en su juventud y acreditado masajista y otros del barrio, no tener siquiera un hijo por el que afanarse en la vida, cosa que les quitaba las ganas de trabajar, porque ¿para qué lo querían sin tener a quién dejárselo?. Y eso, aparte de la fijeza en el domicilio por tener el «banco» en la casa, les mantenía más al tanto de los chismecillos de la vecindad sobre los que hilaban muy delgado como en cualquier rincón de pueblo chico.

Yo, que había vivido intensamente el bullir de nuestra calle de la Estación, encontraba aquello peor, más aldeano. Nuestro barrio de la Estación era una parte de los barrios bajos, pero no era el barrio de las injurias, porque aquí corría mejor el aire y se llevaba los miasmas y las malas ideas dejando una atmósfera de confianza cordial y buen humor resistentes a la pobreza y a los reveses, que nadie podrá olvidar de los que lo hayan conocido. Ese era también y todavía más entrañable el ambiente general de Madrid, lo que no quita para que existieran rincones como este relleno del hueco de la calle de la Escuadra y nuestro Porcarizo, donde las malas palabras y peores ideas rebrillaban como hojas de puñal.

Antes de llegar al horno de pan de Castro, en el rincón de la calle de la Escuadra, en el número tres, vivía una alcazareña de edad como de 55 a 60 años, fina de cuerpo, finísima y arrugada de cutis, taimada y suave que parecía no hablar ni moverse y se deslizaba con la cautela de los gatos cuando cazan, que decían traficaba con mujeres. Conservaba sus sayas, su pañuelo de merino y su rodete pequeño de pelo casi blanco con el que disimulaba la calva discreta que se presenta a las mujeres en la menopausia, aunque descubría más la de igual índole de detrás de las orejas. Como calzado sus alpargatas negras.

Jamás la ví acompañada de nadie ni mezclándose en corrillos de vecinas. Salía y entraba sola y silenciosa. No pude saber quién era ni cuál su nombre. Me solía sonreír pero sin hablarme las pocas veces que cruzaba cerca de mí, porque alguien debió decirle quién era yo. Tenía un mirar lejano, con la cabeza levantada, como sin importarle lo que hubiera alrededor y el andar estaba en relación con su modo de ir, la cabeza levantada, mirando a lo lejos, el cuerpo un poco abatido al subir la cuesta y el culo saliente dándole a su silueta forma de garabato. Conservaba, también, sus arillos de chorro de aljófara, tan corriente en nuestras gañanas y dentro de su estilo rústico era mujer limpia y ordenada.

No sé lo que haría ni por qué lo dirían, pues yo nunca ví nada y si la miento es como un detalle que me viene a la memoria recordando

los intercambios que mantenía el pueblo con la capital y cómo se influencian mutuamente ambos sexos.

En aquel rincón solo se veía a los panaderos, oficiales de masas, oficiales de tablero, oficiales de pala y ayudantes que trabajaban desde media noche y en el verano se salían en chanclas y en camiseta a la calle por no poder aguantar el fuego del horno, pero se pintaban solos a las altas horas de la noche.

Comparanzas aproximadas

El Cristo donde vino a instalarse la hermana Pepa, tenía algo de la Plaza de Cascorro, lugar de paso, de trajines y de comidillas. No era la Plaza, como la de allí no era la Puerta del Sol, pero sí la encrucijada que nadie podía dejar de cruzar ni de presentarse en ella antes de comenzar a funcionar para que se conociera su presencia. En Alcázar todos los titiriteros y sacamuélas, aunque pusieran el puesto en la Plaza, tocaban antes la trompeta o la campanilla en el Cristo, comprendiendo que era el lugar de mayor resonancia aquí arriba para que se supiera lo que había y dónde, igual que pasaba y pasa en la Plaza de Cascorro.

Bien seguro estoy que la hermana Pepa rememoraría en los días de las Cruces los de la verbena de San Cayetano y que nuestros zurras traerían a su recuerdo aquellas limonadas de frutas tan abundantes en las tabernas de su barrio en esos días y tal vez hechas por su propia mano.

Una cosa le chocaría, que los novios no se acercaban a las novias y las miraban desde lejos mientras en Madrid salían juntos y en las verbenas se hartaban de bailar agarrados, cuando esa forma de baile era la única en uso y el colmo de la perfección que la pareja, formando un solo cuerpo, diera las vueltas sin salirse de un ladrillo.

Como las calles estaban empedradas o adoquinadas, se bailaba en las aceras que tenían losas grandes y la gente se iba por la calzada, donde también se tenía el manubrio. Era el imperio de los valeses, de las mazurcas y habaneras, pasos dobles y chotis.

En Alcázar los mozos remoloneaban por las fiestas cambiando las miradas con las mozas que paseaban en grupo y se sentaban en las puertas a lo largo de las aceras.

Algunas cosas de común tenían estos mozos con los de Embajadores, pero más de indumentaria que de modales y de filosofía. El pantalón entallado y abotinado, las botas de media caña, el pañuelo blanco al cuello, cruzado o anudado y la gorra de visera o el sombrero calañés hacia la cara o sobre la oreja. Así iban los fogoneros, que se hacían lenguas de sus descansos en la Corte y así iban sobre todo y exagerados, la cuadrilla de Gude el sastre, los del juego y sus amigos, que eran el colmo de la presunción y vestían como los toreros y las gentes de trueno, más flamencos que chulescos, que no es lo mismo, siendo el caso típico de cuando el hábito no hace al monje, porque ni nos cuadra la flamenquería ni la chulería y aquellos ternos les caían más bien como trajes de máscara, porque a la hora de la verdad salía el hidalgo y se llevaba la camarera a su casa quitándola de la circulación, en lugar de vivir a su costa muy graciosamente como hubiera correspondido y mandan los cánones de la chulería andante. Aquellos mozos, tan flamencamente equipados por Gude, no tenían de chulos más que el figurín y se les

notaba más que en nada en la lacha, porque les daba vergüenza de todo y más de lo que para otros era timbre de gloria y motivo de presunción y para ellas halago y orgullo de mujer, el dominio de su hombre.

Es de justicia decir que pasaba con ésta lo que con todas las modas, que más o menos todo el mundo picaba y se dejaba tufos o se ceñía los pantalones. Que estos hombres fueran vergonzosos no debe extrañar porque en general eran tímidos, timidez manifiesta incluso en la obstinación de sus decisiones y en la inhibición de su potencia sexual cuando más la habían menester.

No obstante, las alteraciones idiomáticas tal vez sean lo más demostrativo de la influencia madrileña en Alcázar, aunque distintas en su pronunciación, el tono de voz, el ademán y el accionar hablando.

Recordemos la palabra «golfo» en el sentido de «pillo» y «vagabundo». Se introdujo tanto en el pueblo que llamó al barrio de la Estación el de los golfos e hizo prohibitivo, entre las familias de «postín», el paso de sus hijos más allá de la Puerta de Villajos. Las palabras «gol-fante», «golfería», «golferancia», etc., eran de uso corriente y en las conversaciones de los hombres se oía decir que iban de golfas. Las personas se apostrofaban entre sí aplicándose ese calificativo como el colmo de la injuria: «qué puede extrañar de ese golfo», «qué se puede esperar de Fulano si es un golfo». Hasta a los perros que vagabundeaban por el muelle se les aplicaba ese calificativo. «Gilí» en el sentido de tonto fué otra expresión que hizo furor hasta entre los chicos. Serlo o parecer gilí se toma como signo de poca agudeza mental: «¡ay!, qué gilí, que se lo ha creído!».

«Granuja» por desvergonzado o «bribón» es una palabra de abolengo en la literatura madrileña, hasta como título de obras preciosísimas. Como sinónimo existe «guaja». Ser un guaja es ser un granuja y ser un «grullo» es ser «un palomino atontado», paleta, bobo. Y «gorrón» el que se deja convidar siempre. Ser «de abrigo» es ser tremendo y ser «un adoquín» ser rudo y torpe.

Don Manuel Seco recuerda la expresión zumbona de comparar la cabeza sin inteligencia a un adoquín con greñas. Ser «un alma de Dios», ser ingenuo y torponazo. Ser «un primo» es ser un incauto que se deja engañar y no regodearse con las delicias del amor es serlo «alumbrado», pero con ochenta mil voltios. Ser un «besugo» es ser un bobo.

Son infinitas las voces que hallaron en el Paseo feliz acomodo y no del todo negados los modos y maneras de decirlas. «Canelo» por ridículo. «Canguelo» por miedo. «Canearse» por burlarse. «Castigar» por enamorar. «Chanelar» por entender. «Changa» por trato o trueque. «Chipén» por verdad. «Chirlo» por puñalada. «Chirona» por cárcel. «Choteo» por burla o pitorreo. «Chupatintas» por escribiente. «Cobista» por adulador. «Colarse» por enamorarse. «Combina» por plan, trama o truco. «Compinche» por camarada, cómplice. «Conchavarse» por ponerse de acuerdo. «Conquista» por seducción. «Correa» por aguante. «Cursi» por remilgado. «Dátil» por dedo. «Diñar» por morir, «endiñar» por dar. «Extranjis» por tapadillo. «Fachenda» por jactancia, vanidad. «Fetén» por verdadero. «Filar» por mirar. «Fila» por antipatía. «Filfa» por mentira o engaño. «Finolis» por refinado. «Fregado» por riña o enredo. «Frescales» sin escrúpulos, sin empacho. «Ful» falso. «Fulana» ramera. «Gabis» garbanzo y también gabieles. «Gachí» muchacha y «gachó» hombre. «Gañote» la garganta. «Filar» y «Guipar» por ver. «Juerga»

por diversión. «Lacha» por pundonor o vergüenza. «Leandra» peseta. «Lila» tonto. «Lío» amante. «Locatis» de poco juicio. «Longui» distraído. «Mandria», apocado. «Manduca» comida. «Mangante» ladrón. «Manús» tonto. «Menda» yo. «Mochales» loco. «Mojicón» golpe en la cara. «Mollera» cabeza. «Morrall» tosco, abrutado. «Naja» marcharse. «Ninchi» muchacho, niño. «Pachorra», flema, indolencia. «Pañosa» capa. «Paripé» palabrería. «Pasta» dinero. «Piri» cocido. «Pringar», estropear, fastidiar. «Rentoy» desplante. «Sablazo» pedir dinero. «Sacudir», pegar. «Socia», mujer, hembra. «Tajada», borrachera. «Tarifar» reñir. «Tollina», paliza. «Trena», cárcel. «Tirria», aversión. «Turca», borrachera, etcétera, pues la relación sería interminable y cualquiera puede cotejarlos en los autores tan conocidos de la literatura madrileña y sobre todo en el estudio de Don Manuel Seco sobre el lenguaje de Arniches.

En Alcázar se decía «lapo» y por corrupción «lepo», por cachete. A mí me los anunciaron muchas veces y me los dieron alguna.

Muchos de estos rasgos se han perdido o tienden a extinguirse poco a poco a favor de la uniformidad, como en la vivienda y en la vestimenta, perdiéndose todo lo típico, pero entre nosotros queda, por fortuna, una personalidad extraordinaria, tan de la entraña alcazareña que aunque contemporánea pudo vivir en cualquier otra época pretérita de nuestro pueblo, por lo que no es un anacronismo reseñarla en estas páginas como uno de los testimonios más contundentes de nuestras características psicológicas: me refiero a Heliodoro Sánchez Cervantes, fraternal amigo desde el truco de nuestros padres.

Todas estas características se acentúan y deforman en él con lo cual no se desvirtúan sino que se hacen más patentes, como pasa siempre con la caricatura y se aprecian mejor.

No habrá que traer a colación el enorme arsenal caricaturesco de nuestros hombres públicos, retratados magistralmente de cuerpo y alma reconocido por ellos; los ojos agudos, la nariz de apagavelas y la cojera de Romanones, los bigotes y lo revolotudo de Castelar, el tupé y la sonrisa sardónica de Sagasta. Y así todos los grandes hombres desaparecidos.

Un caricaturista de aquellos no sabemos la idea que nos daría de Heliodoro pero Pitos nos ha dado una fotografía verdaderamente magistral, donde nuestro amigo está de cuerpo entero. No se puede pedir nada mejor para que quede de este alcazareño el recuerdo que merece. Heliodoro es un retallo del tuétano alcazareño, del mismo corazón, como él decía que debía estar el Banco Español de Crédito, «en la arteria principal de la urbe».

Si uno tuviera un perfil defectuoso sería una ruindad retratarlo de ese perfil y adulación retratarlo de perfil opuesto. Lo honrado es retratarlo de frente, como se quiere que lo vean todos.

Heliodoro, dentro de su aparente rusticidad, es un alma soñadora, propicia a la exaltación sentimental y a la ponderación fantástica. Esa acrobacia verbal, que tiene honda raíz poética, produce tales contrastes entre lo que se quiere decir y el significado de las palabras con que se dice, que surge el efecto cómico y la perplejidad del interlocutor. Al hablar elude los nombres usuales y lo hace para darle relieve a lo que dice, pero casi inconscientemente, por una tendencia ya habitual y un modo de ser que se manifiesta hasta sin querer.

Además del léxico tiene su filosofía y su manera de matar pulgas.



Tiene la fantasía alucinada que engendra nuestro suelo y la cautela de los escarmientos. Yendo seguro se remonta fácilmente y entonces surge en él la necesidad de recoger en un sustantivo o en una frase el vuelo de su imaginación para denotar la altura a que iba, que es grande siempre, y deja al interlocutor perplejo observando el estro fecundo fuera de órbita. En suma, unos rasgos quijotescos con todo lo bueno inherente a la hidalguía caballeresca acentuado al sublimarse por la pincelada verbal inesperada y sorprendente que no admite comparación ni componendas, que es lo que es, la ascensión de la mente hasta el límite de sus posibilidades, plasmada en un vocablo irreal, como tiene que ser en esos casos. Pero Heliodoro es también un hombre positivo y muy impuesto, pues aunque se llama Cervantes es de segundo apellido. Antes y lo primero es Sánchez y eso, por contraste con la realidad preconcebida, es en él lo estilizado, lo Junquillo. Lo gordo es lo que le viene del celeberrimo apellido.

No son exclusivamente suyos estos atributos, tan comunes en nuestra tierra, aunque en él adquieran el carácter de sobresalientes. Muchas de estas deformaciones son de origen madrileñista, pero como Madrid a su vez, las recibe preferentemente de Andalucía y Alcázar está en el camino, resulta influenciado por ambos costados y por el centro con lo propio de todas las deformaciones del habla popular.

Contaba Arturo que un día discutió con Heliodoro sobre el Pósito y cuando empezaron las voces, exclamó Heliodoro:

—A mí no me vengas con palabras altruístas, porque yo también sé chillar. El efecto fué fulminante. Arturo tuvo que abandonar el campo.

* * *

Pero sigamos nuestro relato del Cristo, del Paseo y sus mescolanzas.

Otro aspecto negativo de los ya más perdidos era la bravura, factor falso en casi todos que solo lucía ante la prudencia de los demás. Tuve ocasión de comprobar que los hombres más temidos y con fama de valientes, sufrían desmayos o desvanecimientos completos por motivos tan insignificantes como ver un niño escalabrado o que el maestro barbero les arañara la cara con la navaja o simplemente les diera jabón. Y ésto, véase qué contrasentido, se interpretaba por ellos mismos como prueba de tener la sangre tan encendida que con cualquier cosa se les subía y les ahogaba al no poder desahogar. Hablando de ello y de lo que sentían, hacían como que se echaban adelante para acometer irremisiblemente, como si experimentaran un impulso misterioso, pero los hechos demostraban que solo con tener delante un hombre tranquilo dispuesto a no moverse, los perros le cogían vuelta y se iban refunfuñando. Estos son algunos de los matices recientes de la vida histórica alcazareña, profundamente adulterada por la golferancia de gato pardo indiferenciado en las oscuridades de la noche.

Los del juego, los que andaban en el juego, constituyeron un grupo, huídos del trabajo, engraidos en su fuero interno y elevados en la consideración de los casinistas a un nivel inmerecido con el nombre de croupieres. Estos hombres, unos hijos y otros padres de familia, aunque no abandonaran sus casas, que sí las abandonaban a veces, echaban rancho aparte dentro de ellas, humillando y desmoralizando a los propios y a los extraños con su inmerecida grandeza. Vestían por su cuenta y a todo lujo chulesco, se costeaban comida especial que realizaban a diferentes horas que la familia y dormían a placer mientras los demás trabajaban, mirando con altivez a cuantos les rodeaban. Para que se sostuviera la familia daban una cantidad como si vivieran a jornal.

Muchos de ellos no habían ido ni a Quero y sus ideas referentes a la vida nacional, de Madrid sobre todo, las tenían por las camareras y los actuantes de los tablados, pues leían a tropezones, los que no les estorbaba lo negro y sus manos, finas y cuidadas como de dama sibilina para mantenerlas sobre el tapete verde, no hacían una letra jamás y solo se ejercitaban en los recursos de la astucia manejando las cartas y las fichas de colores con la destreza de auténtica prestidigitación. En los días de aglomeraciones, como los de feria y Pascua, lucían su habilidad y se hablaba de ellos como de magos orientales. ¡Qué bien se les daba!, decía la gente. ¡Anda con Dios!

Para descrédito de ella, en muchas ciudades, los círculos políticos establecieron el juego en sus dependencias para que se costeara con tan funesto vicio lo que los socios no eran capaces de sostener. En Alcázar, donde la política se vió siempre con tanta frialdad que pudo ser tomada con indiferencia, no pasó eso casi nunca, dicho sea en honor de la sensatez de la villa y tanto el monte como la ruleta funcionaron en los casinos neutrales o en las covachuelas del café de la Paja, del de Telforo o del de Emilio, por no hablar más que de los del Paseo, que eran los principales.

Una vez vino un inspector de policía cuyo nombre no consigo retraer. Era un señor elegantón, alto, con la gordura de la vejez, pues tendría unos sesenta años que para entonces eran muchos. Le recuerdo vestido de gris, con terno amplio, chaleco de fantasía cruzado por brillante cadena de oro, pelo y bigote blanquecinos, bastón de color caña y andadura suelta y ágil. Era zamorano, de Toro, y parecía como si la historia de esta ciudad les diera importancia a ellos. Tenía tres hijas solteras y un jovencuelo que vestía como su padre. De las tres señoritas, por que lo parecían, solo la pequeña en edad de merecer y las otras dos ya pasadas. La mayor sufría una cojera muy ostentosa, con amplio movimiento de cadera al andar, aunque era delgada, como sus hermanas, cinturas de avispa ceñidas de charolado cinturón y peinadas casi en redondo, con depresión sobre la frente y amplios rellenos laterales de crepé. Vivían por arriba en las casas del Rus y a pesar de lo alegre y entrañable que entonces era la calle, ellas bajaban poco y se mantenían más bien en los balcones observando lo que pasaba por debajo o cruzaba por el Paseo. Les hubiera gustado casarse, pero la pequeña no lo lograba y las dos mayores se declaraban vencidas, a pesar de la facilidad que siempre presta la cualidad de recién llegadas a las poblaciones por lo que se llama la atención y obliga a fijarse en ellas.

En el otro extremo de la acera opuesta de la calle, antes de donde vivía Juan Lucas, había una fachada lisa con un balcón que se veía mucho por estar solo y en él, como planta fina y delicada en cuidada maceta que no podía lucirse a todas horas, se solía ver por las tardes, siempre sola, la gentil figura de una muñeca alcazareña llamada Dolores Toboso, que parecía colocada en sencillo balcón andaluz.

Este señor Inspector, iba mucho a la Estación, por hacer algo, como todos los policías y guardias que ha tenido Alcázar, pues el pueblo no les ha originado más preocupaciones, dicho sea en buen hora y en honor de la Villa, que las de las reuniones y meriendas diarias, de lo que fui testigo presencial en mi propia casa. Al ir a la Estación y al volver, pasaba por todos los garitos y con ese escepticismo de los viejos agachaba la cabeza y seguía su marcha. Cuando era inspector José María Gómez, que venía desde el Cristo, no agachaba la cabeza, se agachaba él por constitución nativa y porque le gustaba mirar, pero hacía la vista gorda con gestos de admiración, abriendo cada ojo como el del tuerto Jícara que se le salía del cuenco.

¿Quién vence a quién?

Madrid se unió a Alcázar por el carril de hierro y la vía abrió ancho cauce a la relación entre ambos pueblos. Pudiera creerse que Madrid invadió Alcázar, pero no, porque Alcázar tenía bien probado con anterioridad su espíritu de asimilación y lo que pasó fue que Alcázar se adueñó del espíritu madrileño, que es como una síntesis del de España y los madrileños se quedaron aquí en gran número o se llevaron por ahí a sus consortes ya que la vía es para rodar, pero llevando injertada en su alma la sangre alcazareña y cuando no, el recuerdo inolvidable que muchas veces se tradujo en retornos póstumos para tener aquí el descanso eterno. Y uno de esos casos, aunque estuviera aparte de la vía como ocupación, lo fué el de Juan Antonio Candeales o, por mejor decir, el de la hermana Pepa, madrileña castiza, barriobajera de Embajadores,

parroquiana de San Cayetano y por fin vecina la más pegada a nuestro Cristo de Villajos que le serviría de consuelo en sus seguras añoranzas de la nativa Ribera de Curtidores, ya que no logró la plenitud femenina que compensa de todo a la mujer, el ser madre.

Sin que el Cristo fuera «las Américas» de Madrid, no le faltaban detalles que se las hicieran recordar, como el tenducho heterogéneo y herrumbroso de Juan Marica en lo que fué bodega de Candeales el padre, la casa más abajo de Pintafrailles, hondo, con dos escalones de bajada al entrar, oscuro y abigarrado, con un tenderete cambiable en la puerta, según qué días y horas, como pasa allí y hasta las tardes de los domingos con los chupones, torraos y castañas asadas.

Vendía carbón de encina para las hornillas que era el trajín fundamental de toda su familia, la de los Monos. Su verdadero nombre era Juan Serrano Vaquero. Los sobrinos conservan el canuto en que antes entregaban la licencia a los soldados para que no la arrugaran (1). Había ingresado en caja el 19 de febrero de 1874, siendo filiado para servir seis años. Lo hizo en las provincias vascongadas tomando parte en la guerra carlista con el regimiento de Luchana, sin sufrir castigos ni hospitalizaciones, declarándosele al final de la guerra benemérito de la Patria. Se conserva, también, su fe de soltería, a la que Juan fué fiel toda su vida, librada en Olite por el capellán de su batallón el 20 de agosto de 1878.

El fué el introductor de los braseros en Alcázar, que en Madrid se echaban con cisco de tahona—brasa de los hornos del pan—, antes de utilizarse el picón de canutillo. Por su causa y el ejemplo de la Corte se empezaron a usar los braseros que representaron un cambio en las costumbres, pues en todas las casas se echaba lumbre, incluso para llenar los calentadores de cama, que después se reemplazaron por los mismos braseros.

No se puede decir que el brasero fuera un adelanto ni un perfeccionamiento, porque calentaba menos. Era, sí, más cómodo en el sentido de que se podía llevar de un sitio a otro, mientras que el fuego estaba fijo y esa cualidad engendró las cajas para no quemarse al cogerlos y como consecuencia la mesa camilla que permitía comer y hacer labores teniendo los pies calientes y no con la lumbre a un lado como sucedía en las chimeneas.

No hay ningún libro tan malo, dicen, que no tenga algo bueno ni nadie tan tonto que no se pueda aprender algo de él. Juan no se chupaba el dedo y como estaba pendiente de su negocio se fijaba en lo que podría vender y lo buscaba entre los desechos de «las Américas», donde sin duda irían a parar los braseros primitivos que le pedirían los ferroviarios pintureros que carecían aquí de leñas y comodidad. Siempre tenía a la vista cadenas usadas, badiles, tenazas de la lumbre y trancos de sujetar los pucheros.

(1) Les entregaban la licencia en un tubo de hojadelata con tapa y forrado de tela con los colores nacionales, sujeto con cordones de agremanes que colgaban al cuello entrándosele entre los botones de la guerrera. Se decía que los licenciaban y más a menudo que les daban el canuto, término que también se aplicaba a toda clase de despidos.

En la época de los juegos inocentes, los chicos de Alcázar utilizábamos los canutos de caña o parte hueca entre nudo y nudo, para hacer flautas y dar murga por las calles, agujereando el tubo con un clavo ardiendo y tapándole un extremo con un papel de fumar atado con bramantilla.



Los que le hemos conocido y comprado castañas, le reconocemos de todas maneras, pero la verdad es que no parece él. Si viera Satorio este retrato se quedaría perplejo, aunque también él se consumió sin llegar a tan viejo. Juan no es ni su sombra aunque se distinga su constitución pícnica, su hirsutismo platirríncico y casi, casi, se le oiga la voz que le dio apodo, sin mencionar los modales, nada raros en el hombre muy velludo, porque ya Juan, la personalidad inseparable del bullir del Cristo, ocurrente y dado a los dicharachos, no es él. Todavía forman visera al fruncir el entrecejo, pero la blusa, antes tan rellena, le cuelga como las cerdas de sus pestañas blanquecinas le de una percha y el bello apenas le sujeta

el pito que se desploma.

Es, sin embargo, una nota singular el poder legar a la historia de la Villa la imagen de una persona tan característica del Cristo y no hemos de escatimar el agradecimiento que por ello se debe a sus sobrinos, que no son precisamente de los que reconocen lo certero de los mote del lugar, que están clavados y se deben llevar con orgullo por ser una realidad mayor que la de los nombres que sólo transmiten una denominación pero no una constitución, resplandeciente siempre en el mote por la penetración, muchas veces increíble, del pueblo ignaro que lo instituyó. Somos como dice el mote y no como dice el nombre más que en la medida que el nombre transmite la herencia del mote. Cada cual puede comprobarlo mirándose a sí mismo imparcialmente.

Todos los apodos de mi familia son bien demostrativos. El tío Basto —Blas el abuelo— era más áspero que cualquier carrasca del monte. Borrego —el hermano Tomás— hasta topaba. Rufao, con las características de los demás pero con gorrufos. Y así todos, esforzados y duros. Nada habría más interesante y útil que un estudio hondo y serio de los mote de los pueblos, con el conocimiento biológico de las personas. El juglar de la Mota, Chinales, tiene una relación de los de su pueblo hecha con coplas bien rimadas que están pidiendo la mediación de su médico don Antoliano, tan manchego y tan difícil de reemplazar el día que se muera.

Como no sabía mucho de cuentas, Juan Antonio le decía que lo engañaban y él contestaba:

—Cualquiera le roba un pollo a Juan. Yo con mi gramática parda sé más durmiendo que vosotros despiertos.

Guisaba bien y en la misma tienda se solía cocinar, lo que él llamaba sus pipirranas, embutiendo en el puchero o en la sartén todo lo que pillaba al paso.

Su figura era inconfundible, como su habla, un tanto atiplada, gordinflón y rechoncho que lo parecía más por lo ancho de los pantalones de pana negra y lo largo de la blusa. Siempre llevaba los pantalones colgaderos y los bolsillos eran tan hondos que cuando se entraba la mano para dar las vueltas lo hacía con todo lo que le daba de sí el brazo y aún tenía que inclinar el cuerpo para llegar al fondo. Al contar las perillas fruncía el entrecejo para fijarse y las cejas, que eran espesas y salientes, de gruesas cerdas blanquecinas, le formaban como una visera.

La tienda de Juan Marica simboliza la heterogeneidad y la mescolanza del Cristo y también la herrumbre, el carbón y la tizne que lo empañan, como los «torbones» del solano la claridad del aire entorpeciendo sus engranajes. Siempre tuvo la Pepa también a la vista, como en la Cabecera del Rastro, la taberna, la carnicería, la churrería, el zapatero remendón y los puestos de temporada con que salían los gañanes y hortelanos de la vecindad, la carga de habas, los capachos de melones,

pimientos, tomates y lechugas, que tuvieron la esquina misma del Cristo como lugar único de estacionamiento, más fijos que el barquillero y el afilador que solían correrse hacia la puerta de Federico o al sol de la mañana contra la churrería de Sacramentos que tenía más abajo a Pedro Cagalera con sus banastas de sardinas y cestos de albaricoques, perillas y guindas a los que se llamaba «broza».

La hermana Pepa que, por madrileña y también por estéril, era muy cuidadosa y derramaba en los enseres su reserva de amor de madre, se hallaba como en su pueblo y cada día al abrir la puerta se encontraba con algo cambiante que había traído el tiempo, lo que le servía de distracción pero también de recuerdo de lo que nunca podría olvidar. Y siempre también el aire encontrado de las mentes desviadas, la roñosería de Juan, las simpladas de Aquilino el de la bufanda, los gruñidos del mudo de la Camarena o del de Cabrera, las fantasías lucubrantes del carnicero y las no muy sosegadas del zapatero, lo estático del tabernero y los valetudinarios que cruzaban arriba y abajo y a los lados, manteniendo el aire del Cristo revuelto, arremolinado y a la gente con escaso brío para el auge.

Personaje notable del Cristo lo fué la Petrucha, en el rincón de la vuelta de la churrería de Sacramentos, con su patio largo, estrecho, empedrado, de habitaciones a la derecha. Su nombre hace alusión a su corpulencia. Gran figura de mujer, frondosa planta. Su nombre era Petra Raboso, Perra por lo tanto, y el hombre, Santiago Molina, el gañán de Santiaguillo.

Este barrio que parecía y estaba llamado a ser el de los adelantos, no lo fué sin embargo, fué más bien arrabal y colector de detritus. Por él deambularon constantemente, como sonámbulos entre los pícaros, todos los tontos del lugar y muchos que sin estar catalogados en esa clasificación pública, les faltaba un verano, como decía Victoriano el Viejo que tenía sus ramalazos y sus golpes de vista.

Aquilino, el de la bufanda, era un mozo de la quinta del Rey como decía él siempre, Aquilino Pérez Leal, que estaba por el Cristo por vivir en la casa que últimamente se conoció como la del rincón de Notal, donde su madre, a la que le daba un turrutaco, tenía parte. El solía llevar cargas de agua a las casas, cuando le parecía bien, con una borrica que tenía, pero no sabía las perrillas que tenía un real, cosa que también ha pasado con otros ricos del recinto.

Era un oligofrénico con sus temporadas de silencio y de murria alternando con otras de locuacidad en las que pasaba las noches en vela diciendo que lo cogían y gritando:

—¡Veros, veros!, sin dejar de dormir a la pobre Olalla.

Esta casa donde vivía Aquilino o del rincón de Notal, tiene oído la Salud que fué posada y su emplazamiento y estructura lo hacen verosímil, lo mismo que haber sido horno de yeso después, porque su bisabuelo era Leal, como el de Aquilino y los leales alcazareños son fundamentalmente yeseros.

Dado el carácter unas veces descriptivo, narrativo otras y siempre recopilativo de esta obra, se siente la necesidad de salvar del olvido hasta los pequeños detalles que puedan servir a los venideros para la reconstrucción de nuestra vida anterior.

Gracias hoy a la buena disposición de la Salud del horno —Salud Peñuela— se puede confirmar que su casa está en la Puerta de Villajos,

porque así consta en la escritura de cambio del año 1840, de una casa de la calle Resa por la que todavía es de su propiedad en la Puerta de Villajos. Y merced también a las tradiciones de su familia se sabe que la casa conocida últimamente como del rincón de Notal, en una de cuyas partes vivía Aquilino el de la bufanda por derecho de su madre, fué en tiempos posada, cosa lógica por su emplazamiento y por su estructura y después horno de yeso, en época anterior a la de los rulos, cuando el yeso se molía a brazo utilizando mazas mayores que las usadas para machacar el esparto, que era un trabajo tan duro como el del horno del pan en aquel tiempo y hacía decir a la abuela que no sabía por cuál decidirse porque los dos eran a cual más fuertes.

En otra compra de corral hecha por los antiguos para darle salida a la casa por la calle de la Estación, se dice que salía al callejón de Tello, luego ese era el nombre del servicio de portadas que aún existe pegando a la imprenta de Mata, análogo, también, a tantos como aún hay en la Villa. El cambio de casas se hizo entre Eusebio Román y Mendózar y Antonia Maroto, viuda de Sebastián Rodríguez.

La casa tenía el número seis de la Puerta de Villajos y lindaba al saliente con otras de la viuda de Trinidad Ayuso, al poniente herederos de Diego Panadero, al mediodía la calle y al norte Aniceto Hernández.

La escritura del corral está otorgada por Aniceto Hernández Sánchez a favor de Juan de Mata Rodríguez Maroto.

Hernández lo había adquirido de Benito Mata. Aniceto figura como vecino de Madrid y el corral se hallaba entre la calle de las Huertas y la callejuela de Tello, midiendo veinte varas lineales al norte, 20 al mediodía, 18 al poniente y otras 18 al saliente, lindando al saliente con Don Juan Alvares Guerra, sur y mediodía el comprador y Sebastián Leal, y poniente y norte el vendedor, luego el corral llegaba hasta lo de la plaza de toros de Guerra, por entre la Pura de Carabina y Juan Lucas.

Sebastián Leal era Mínguez de segundo apellido, yesero, de 62 años y Juan de Mata Rodríguez Moral, panadero.

Leal actuó como representante de Aniceto Hernández Sánchez, vecino de Palencia, que figura como jornalero en el poder que otorga a Leal, de 50 años, en la escritura de la compra del corral que se describe entre la calle de las Huertas y el callejón de Tello, con las dimensiones y linderos antes señalados y que consta de 252 metros superficiales o sea trescientas sesenta varas y linda al saliente con Don Juan Alvarez Guerra, norte herederos de Benito Mata. Se le vende el solar a Juan de Mata Rodríguez Maroto.

* * *

En el mundo alucinado del Paseo y del Cristo descuella notablemente Facó Rincón y su posada, que sembraba pimentón en las regueras de los árboles y tomaba el periódico que le daba José María el de los papeles y lo leía del revés sentado en su puerta, tal como se lo entregaba Caguillo. Gran fantasía la de Facó y extraordinaria facundia la de su mente, rebosante de espíritu chalanesco. ¡Qué ocurrencias! ¡Qué salidas y qué inventiva la suya!

Mucha gente del Paseo parecía que vivía en sueños ascendiendo a lo sobrenatural. No es extraño que las prácticas espiritistas se extendieran

en Alcázar tanto con la nueva vida a causa de estarlo, también, en los barrios bajos de Madrid y que se oyera hablar del dinero que ganaban adivinando lo que no se vé y curando con bebedizos a los desamorados, cosas todas que siguen imperando.

La presencia de Antonio el del Sr. Bernardo era habitual en la Cruz Verde, su barrio, pero ya huérfano y mientras el auge de Ceferino Canana y la Lorenza, cruzaba el Paseo varias veces al día con una gran cesta en cada brazo llena de tortas de bizcocho y con poca confianza que tuviere se te venía encima, con mirada concentrada, acentuada por el estrabismo ambivalente, diciendo:

—El Sr. Bernardo era **mu** listo, ¿verdad?, era **mu** listo. A Daniel y a Bernardo y también a Vicente les atizaba yesca, pero a Antonio decía que no había que pegarle porque le faltaba un tornillo. A Antonio no había que pegarle. Era **mu** listo, ¿verdad?. Le gustaba mucho cazar codornices, ¿verdad?. Y así seguía recordando a su padre hasta que se le obligaba a marchar o se le dejaba con la palabra en la boca. A causa de esta ocupación se le conocía últimamente por Antonio el de las tortas.

Aparte de lo que le era propio, el Paseo y el Cristo ejercían poderosa atracción sobre sus contornos y muchos salían a ellos como los conejos de las madrigueras, cuando les da el olor de la hierba que les esparce el ama y el bullir que la acompaña. Así las carbonilleras, las rebuscadoras, espigadoras y ambulantes de toda laya.

Santicos se aventuraba poco por el Paseo; todo lo más le daba la vuelta a la manzana por la fábrica de la Cera, pero lo suyo habitual era la calle Nueva, la Cruz Verde y el Camino de Miguel Esteban. Al Paseo iba más la Agapita, por causa del hombre, Talán, que era de la Estación, por vivir su familia hacia la calle de las Peñas. Antoñico y la Agapita tenían el mismo andar, un poco de puntillas, parecido a los gorriones que van a saltitos, y el habla temblorosa, con bocas grandes y muy salivas. Parecían tontos pero no eran lerdos ni descuidados y lograron una fructífera promiscuidad con toda clase de animales y plantas dentro de su misma casa, que crecían como en una estufa de cultivo y le daba el aspecto del Arca de Noé: perros, gatos y conejos a hartar, cabras, corderos, borricos, **burches**, palomos, pollejos y hierba, mucha hierba fresca que traían a diario en sus costillas y se la amontonaban para que fueran comiendo.

El cura Tello y Juan Pablo eran mozos de un tiempo, almas gemelas y cuerpos similares, más bien pequeños que grandes, algo encorvados, fuertes y colorados, de tez retostada y sanguínea como de haberlos amantado la tierra largamente, cabezas redondas y macizas, la mirada bastante trocada en Juan Pablo y un si es no es perceptible en Don Juan, que con lo cerrado de la barba en el primero le daba cierto aspecto feroche del que hacía gala para asustar a los chicos, como también Tello con su carácter candorosamente bromístico.

Tello fué cura por la misma razón que Juan Pablo hermano de Jesús, porque estaban allí y por idéntica inclinación. No era raro encontrarlos hablando en la Cruz Verde o subiéndolo al Paseo cada uno por su lado, con el mismo aire de simple llaneza natural, a la buena de Dios y no solo conformes sino regocijados de como les iba la vida minuto tras minuto, sin preocupaciones ni responsabilidades, en la más inocente inconsciencia. Eran la inocencia misma y pudieron consumir su vida en el campo con la bendición de Dios, dado que la escasa espiritualidad

daba a sus actos un valor puramente formal, sin afanes ni angustias de ninguna clase. Bienaventurados los pobres de espíritu y los limpios de corazón porque de ellos es el reino de los cielos.

En esta mescolanza y sin aparente contaminación vivían las familias trabajadoras como en cualquier rincón apartado de Madrid, que por cierto, chulescamente se pronunció Madriz mucho tiempo, y lo hacían hasta con alarde de honestidad, fuere porque les saliere así o porque el contraste de unas cosas con otras se lo hicieran aparentar. Llegaban incluso a producirse estos encuentros dentro de la misma casa cuando la fatalidad ponía en contraste ambas tendencias en su propia intimidad. Angelita Carpintero era como un símbolo de todo el barrio en este sentido y lo era también del segundo caso el colegio de Doña Angeles, donde se enseñaba. En aquella labor habían impuesto las cuatro mujeres de la casa, porque todas coadyuvaban en el trabajo, un orden y un aire de honesta distinción que se hacían notar en el fruto de la enseñanza y todos los padres querían que sus hijas mayores fueran allí para hacerse los dotes poco a poco y aprender algo, con lo que el colegio tuvo el crédito necesario y la concurrencia más numerosa, sin que le perjudicara, aunque sí perturbara a las maestras, el fallo de la línea masculina, in crescendo de arriba abajo hasta llegar a Pepito que fué prototipo de holgazán y tronera.

Doña Angeles era alta, como todas ellas, pero más delgada y distinguida, un poco rubia y con los ojos algo tiernos y aguanosos como de no correrle bien las lágrimas por su conducto. Corriendo la suerte común en su arte, no se casó, pero tuvo en sus hermanos el mismo quebranto que hubiera tenido con el marido tumbón, aunque, eso sí, sin tener que aguantar el matrimonio.

Las labores, como los obradores de los sastres y los talleres de modistas, por la doble necesidad de ir buscando la luz y darse a ver, siempre daban a la calle y permitían apreciar desde dentro quién cruzaba y desde fuera observar el rebullir de las chicas y la algazara ante la presencia de los mirones, pases y cruces en los que se establecían relaciones de simpatía más o menos acentuadas entre los de dentro y los de fuera y una de las que nacieron allí y llegaron a granazón fué la de Florentina Carabaño y Rafael Blanco, el cual vivía casi enfrente del colegio, en una de las cuatro esquinas del Cristo Zalameda, ocupando más de media manzana, con descubierto a la callejuela de la Pleitista.

La Florentina tenía mucha más casa que Rafael en la calle Nueva y también le llevaba gran ventaja en fortaleza física y en disposición humana. De su casa a la labor había un paseo corto que recorría diariamente a primera hora de la tarde, luciendo su belleza villafranquera, rubia clara, fresconaza y consciente de su atractivo que conservó mucho tiempo, porque la viudedad precoz y la esterilidad conyugal le hicieron no marchitarse sino muy tardíamente y pedía a voces la maternidad con inconsciencia sabedora de que no habría de quebrantarse por ella la esplendidez de su hermosura.

Angelita Carpintero era hija de un escribiente de pocos recursos que veía la vida como tenedor de libros, atento al equilibrio de la balanza de pagos, morena, pulida y esbelta, larga falda y alta cintura, que jugaba con aire la cabeza y su gran coleta. Muchas siestas, al pasar por la ventana del telégrafo, una cabeza cuarentona que se asomaba por el segundo cristal que tenían sin pintar su parte alta y miraba por encima

de las gafas, se apartaba como refiriéndoles a otros ponderativamente el cruce de Angelita. Las colegialas solían llevar en el brazo o en la mano unas bolsas de telas claras y cuello fruncido con los útiles de la costura que les hacían juego al andar.

La Bonifa peinaba a todas las vecinas de la calle pero a la Angelita le hacía la coleta su madre por considerarla demasiado chica para tener peinadora y por que había que economizar. La mujer entonces tenía el orgullo de su buena administración, de saber hacer sus cosas y de una peseta un duro, que no es lo mismo que ganar una peseta y gastarse cinco.

Angelita caminaba muy retiesa y poseída del efecto que causaba al pasar. Cuando volvía la esquina de la Plaza del Progreso quedaba todo en silencio y apenas si el tuerto Peño extendía su mirada monocular alguna tarde que otra desde la puerta de su grande y hermosa casa manchega cuya desaparición hay que lamentar en este paraje, que fué de los primeros afectados por la modernidad al hacer sus casas los médicos Carrero y Olivares, presuntuosas y sin carácter propio.

Por aquel entonces se cambió la entrada de la Estación del rincón de los pellejeros al Paseo. La tierra de ambos lados, formada por el tráfico continuo de carros, carretillas y caballerías sobre un piso sin firme, era abundante y renegrada, como las casas y las personas, impregnadas de humo y polvo de carbón. Los baches los rellenaban de carbón y lo mismos las anchas aceras. Todo era negruzco por allí, hasta las bodegas de Prast y de la Fonda eran mucho más negras que las otras del lugar y los ruidos constantes de martilleos, choques de hierros, silbidos de máquinas, escapes de vapor y crugir de vagones, mantenían ese estado de agitación que se aprecia en las fábricas metalúrgicas, acrecentado aquí con la llegada y estacionamiento de los trenes que permitían expansión y aprovisionamiento a los viajeros.

El Paseo era desde el Chimeneón y la calle de Cervantes al andén y estaba siempre lleno de gente y de los desperdicios que el tráfico dejaba. El espacio entre el muelle, la taberna de Perra y el rincón de Maldonado que estaba por donde ahora el bar de los Alaminos, a la izquierda de la posada de Faco Rincón, era intransitable y en días de repatriación de tropas imposible de traspasar. La llegada de los que venían de Cuba constituyeron acontecimientos de emoción inolvidable, sentida por todo el vecindario y testimoniada en actos de solidaridad, apoyo y consuelo generales.

Recuerdo lo mucho que danzaba entre todo aquello el hijo de Orsini, el de la Fonda, Mariano, tan bueno y ya desde entonces unido, a la buena fin, con la llamada golferancia del Paseo, que lo mismo llevaba un viajante a su casa que una camarera a la de Emilio, o un tocaor al café cantante de enfrente en ca Tizonas, con el espíritu servicial de un mozo de equipajes que solo pregunta el destino y a quien el habitual olvido de todo lo demás, hace escéptico e indiferente ante cualquier motivo.

Tentativas y zigzagueos

El primer arranque desmesurado, rompiendo la línea manchega, que él no podía sentir por tirarle su tierra valenciana, fué la casa de tres pisos del tío esterero —Oliver el padre, el bizco— por encima de la de Carabina que ahora ya ni se vé. Ya había pasado el tiempo en que el

Cristo Villajos y la Cruz Verde fueron final del pueblo o mejor dicho avanzada de su expansión y el tráfico había dado lugar al establecimiento de los puestos de venta que se han indicado en parte. El Paseo y el Cristo es donde se hace la mezcla y constituyen la gran redoma donde se cuece la transformación última de la Villa, como se cocieron las anteriores allí abajo y en la Plaza, marcándoles sus caracteres distintivos a unas y a otras, aunque no puedan ser netas sus limitaciones, pues aquí mismo hay un detalle que sobresale, como se ha podido apreciar en otros trabajos de esta obra, ese detalle son las mujeres de su casa, más o menos emprendedoras que aguantaron o arrimaron el hombre sin contemplaciones para salir adelante con lo que Dios les echó, cosa que no hay inconveniente en proclamar y es de justicia hacerlo, incluso en aquellos casos que figuró el hombre, como Federico mismo, porque ¿quién llevaba la taberna más que la Paca, aunque no llevara su nombre, como lo llevó, por ejemplo, la de la Simona, aún teniendo un hombre de juicio claro y expresión sin trabas? ¿Quién podría quitarle a la Dositea su supremacía, manifiesta hasta para distinguir a José María, siendo un hombre tan conocido, pero que le decían el de la Dositea, aunque era de to el mundo? ¿Qué hubiera sido de Pintafrailles sin aquella mujer? ¿Y de Juan Antonio sin la capacidad de la hermana Pepa para sortear los gatuperios? Y así todas, sin excluir casi ninguna de las que quedan en la penumbra. ¿Que no hicieron más?. Conforme, pero no fué poco que conservaran lo propio y que aquellos hombres que tuvieron la suerte de unirse a ellas acabaran sus vidas en paz y en gracia de Dios.

La Cruz Verde, la Cruz de los yeseros, era más castiza, más propia, diríamos que más pura en el sentido alcazareño, con menos mezcla y no diremos que con ninguna porque la vida general de la Villa se adulteró con el tren de un modo fundamental. La Cruz Verde era como un gran patio de vecindad donde cada familia salía con su aflicción. Las criaturas famélicas y las gentes depauperadas, con la tez cuarteada por las inclemencias y la resequeza del yeso, eran estampa permanente en su explanada. No hay en Alcázar otra plaza donde el espíritu aldeano se manifestara tan continua y abundantemente. El Arenal, el Altozano y Santa María eran otra cosa dentro del costumbrismo alcazareño, menos concurridos, menos concentrados y menos constantes las reuniones.

La gente de la Cruz Verde no vivía apenas del cultivo de la tierra, como la del Arenal y Santa María, vivía sobre todo de algo más áspero, más pobre y mísero, vivía de las canteras del yeso, del pico y de los acarreos con arres matalones y tiros hechos de cachos de sogas anudados y vivía hermanada por esa necesidad y distanciada por el reparto de la mísera ganancia.

Su resignación y confraternidad quedaron plasmadas en aquella frase que fué saludo habitual del tío Pelao, cuando llegaba a la cará por las mañanas, el gorro encasquetado, las manos en las faltriqueras de los pantalones de mandil, el pito en la boca y entrando en la reunión a paso lentísimo se dirigía a los reunidos sin mirar a ninguno, diciendo:

-- Buenos días, señores, el que no tenga que **aspere**.

Juan Antonio tuvo la suerte de no ser hijo único y la desgracia de criarse y vivir siempre como si lo hubiera sido, colmándosele el mal con la infecundidad y abundancia de caudales del matrimonio, que le mantuvo de por vida caprichoso y desganado, apartado de la gran escuela



La esquina de Federico en una mañana de sol, ya cerca del mediodía y mucho antes de que los coches se adueñaran del recinto y no dejaran parar a nadie.

La gente bebía y se salía al aire, como si dijéramos que se iba a escupir a la calle. Las tiendas tienen sus toldos corridos y

la comidilla serpentea por los corrillos que eran cotidianos y muy mañaneros, siguiendo el panete de las once de tradición en el lugar, como el del zurra y la torta de bizcocho el Viernes Santo después de la procesión.

Después de impreso lo que antecede y por rara casualidad he visto abierto el establecimiento nuevo de la casa de Federico y un letrero en la cortina que dice: CAFE - BAR.

¡Pero, hombre! ¿Cómo se entiende? ¿Cómo se ha dejado de perder esa oportunidad de honrar la memoria del padre y de conservar el nombre popular de esa esquina?

Cafés-bares los hay en todas partes. Una taberna por todo lo alto, que hasta dé café, no la hay en ninguna y con el nombre de Federico menos.

La taberna de Federico, única en el mundo, ¿qué más podía apetecer que su nombradía para comenzar una nueva época y aumentar su fama mejorando y refinando sus artículos?

El espíritu alcazareño no puede ver bien que se arranquen florones de su escudo y es sorprendente que los chicos de Federico, tan alcazareños, no hayan sentido ese tirón a la hora de decidir la renovación de su industria.

Ya no tiene remedio pero que conste la condolencia indudable del espíritu tradicional de la Villa.

de la necesidad que es la que mejor enseña y solo al final de su segundo matrimonio recibió alguna lección de la realidad.

La Pepa pudo resultar una mujer emprendedora por compensación, pero no, ello hubiera sido impropio de su crianza, como lo era de su marido, con aquel padre tan arriesgado, que se deleitaría en la inactividad de su hijo. Otras mujeres estériles fueron ejemplares, como ya se ha dicho, incluso en las tabernas, pero se trataba de mujeres que no habían sido nunca juguetes de nadie, criadas desde la infancia en la necesidad, que fué y será siempre la academia real para modelar hombres.

Al mismo tiempo que ese madrileñismo jactancioso y pinturero, había en la sociedad un evidente deseo de ser y de brillar del que acaso fuese solo una manifestación aunque notable y tal anhelo llevaba a las gentes a los mayores sacrificios reprimiéndose su necesidad y aparentando lo que no se podía, rasgos que dieron lugar a un estilo de vida llamado «cursi», perpetuado con rasgos indelebles en la literatura española.

Las patronas

La Corte, como gran faro, desprendía un brillo extraordinario que alcanzaba a todas las capas sociales. Desempeñar en Palacio cualquier obligación subalterna o ser descendiente de quien la hubiera desempeñado, se tenía como un título de prosapia y de hecho aquellas personas se comportaban con nobleza, lo mismo que las Princesas y las Duquesas se enorgullecían de mezclarse con la plebe en las verbenas. El Palacio mismo deslumbraba con su bullir y luminosidad desde los camaranchones a los sótanos y portales, contemplados a todas horas por el forastero con la boca abierta.

Yo tuve ocasión de convivir como pupilo con un viejo caduco en la calle del Bastero con ventanas a Mira el Río. Este hombre vivía de la gloria de haber sido cerrajero de Palacio, como cualquiera de las infinitas tiendas donde se hubiera comprado algo para la Casa Real, que lo hacían constar en la muestra de su puerta como signo de calidad de lo que guardaban dentro, y hasta la patrona, que era una toledana del hueso dulce, como los albaricoques de su tierra, lo decía siempre al hablar de él, como si fuera el único honor de su casa albergar a quien había desempeñado tal función. Siempre recuerdo aquello como notable rasgo psicológico de la época. El Sr. Vallejo, como se le llamaba, era un hombre rechoncho y barrigón que fumaba y dormía continuamente, quemándose el chaleco que le cubría la ceniza. Estábamos los dos solos con la dueña y ésta, vibrante y enérgica, nos trataba como a niños y al Sr. Vallejo lo sacudía y regañaba sin cesar.

Por primera vez tuve entonces ante mí un problema que ahora quisiera resolver y que entonces no lo ví. El Sr. Vallejo tenía una hija única, muy imbuída de este aristocratismo de que venimos hablando. Estaba casada con un empleado de cierta categoría del Banco de España y no tenía hijos. Le había buscado a su padre aquella excelente patrona para que no le estorbara en su casa, con gran fortuna para el Sr. Vallejo, dado que el matrimonio no le podía interesar, pues allí estaba como el pez en el agua, porque Auxibia era toda una mujer, inteligente, viuda sin hijos y dispuesta como pocas que lo tenía todo como los chorros del oro y a nosotros en palmas por cuatro cuartos.

La hija del Sr. Vallejo era muy arrogante y solía ir de tiros largos a visitarle los domingos acompañada del marido, un señor poquita cosa pero muy arreglado. La patrona los informaba de las chocheches del padre y entre todos le ponían como hoja de peregil hasta que lo enfadaban y se encerraba en su habitación, recurso único que he comprobado muchas veces después, por ser corriente entre los viejos que no pueden ir ni a la calle. Pero vamos al caso de lo «cursi», del querer y no poder, y del aparentar que era algo de lo que hoy pasa por no engordar. Entonces, para poder ir presentable a un espectáculo o a una reunión, se lo quitaban de comer y como la tisis estaba en todo su

furor, muchas criaturas de aquellas pagaron con su vida la necesidad de presumir.

¡Qué gente tan buena traté entonces!. Y toda toledana, de Villaluen- ga de la Sagra, pueblo que ahora tiene mucha vida por la industria del cemento. Y alguna más, que merecería capítulo aparte, natural del mismo Toledo. El pupilaje me lo dieron buscado o se produjo solo en la portería de la Plaza de Herradores, 12, donde iba la patrona de visita como parienta y paisana y yo a darle clase de gramática a Fernando Rey, hijo de la portera y sobrino de Calonge el de la academia de Correos. Ninguna casa puedo recordar más agradable que aquella por- tería que era como la casa de todos, regentada por Felisa, viuda y ma- dre de varios hijos que era como el mazapán de su tierra y que como tantas otras cosas se esfumaron en la vida sin saber cómo ni cuándo ni por qué. ¡Cuánta ignorancia y cuánta inexperiencia de la juventud!

Un recurso necesario en aquella época y común en Madrid y en Alcázar, fué la casa de huéspedes.

La razón de que las hubiera en Alcázar con cierta abundancia era la permanencia en el lugar de los trabajadores solteros que venían de todas las partes a la estación. Los ambulantes, que tampoco escaseaban nunca, se alojaban preferentemente en la fonda o en las posadas. Las fondas eran artículo de lujo y de fama en Madrid la de los Leones, la del Peine, la de la Ursula y la de San Blas, de nuestra Nicomedes, como en Alcázar la de Orsini, cuyo edificio perdura aunque dividido.

La vida errante que circulaba por la Villa se guarecía en estos apo- sentos, tanto si eran princesas altivas como si mozas del partido de las que halló el Caballero Hidalgo en la posada del Puerto.

En Madrid las absorbía en gran proporción la masa estudiantil, pa- gando seis reales de pensión completa y dos pesetas si se comía el cocido como principio. ¡Con cuánto gusto y aun voracidad se ingerían los garbanzos del cocido madrileño hecho con agua de Lozoya!. Alrede- dor de San Carlos y de la Universidad de San Bernardo no había nin- guna casa que no lo fuera de huéspedes. Ni tampoco alrededor de las estaciones, que es lo que pasaba en Alcázar, cuyo barrio de la Estación cumplía estos menesteres como era su deber con las consecuencias a que hubiera lugar, sobre todo en el terreno de la galantería, de cultivo continuo aquí y allí.

Muchas personas de las provincias próximas a Madrid y aún de las más lejanas, se iban a vivir a la Corte contando como base para su propio sostenimiento con la asistencia a los viajeros de su tierra y a cualquier clase de huéspedes que surgieran. El recurso era fácil y el ejemplo cundía porque muchas veces era suficiente y cuando no del todo constituía buena ayuda para sostenerse mientras se allegaban otros ele- mentos de subsistencia. En Alcázar tuvieron pupilos muchas casas y bastantes familias residentes aquí por traslados ferroviarios, se afian- zaron por este medio cuando en el curso de su estancia les alcanzaron desgracias de viudedades, orfandades o incapacidades, porque el am- biente de vida, más industrial que agrícola en el barrio de la Estación, lo permitía así.

Era natural que como pasa siempre en la vida, esta convivencia engendrara rozamientos y diera lugar a incidentes de toda índole más o menos sonados. La mucha mezcla y a lo mejor también la abundancia, hizo que el habla del Cristo no fuera del todo clara ni lúcidos del todo sus

pensamientos. Entre las pronunciaciones del Cristo y las muy raspadas y traslúcidas de la calle de Toledo o del Porcarizo, por ejemplo, hay bien ostensibles diferencias. En el Cristo se efectúa el conflicto entre los sentimientos y los convencionalismos, entre las leyes y la realidad, con marcado predominio de los primeros y disimulo, no en lucha bronca ni intencionada ni desdeñosa, sino en dejación y olvido de lo preceptuado ante el espontáneo sentir y la corriente natural que aunque relajada no elude la responsabilidad. Las corrientes del Cristo ejercieron una poderosa resaca sobre todo el barrio de la Estación. En la redoma del Cristo se fué cociendo poco a poco, a fuego lento, la transformación, con la mezcla de treneros, lugareros y ambulantes. Los ahorrillos del pueblo se quemaron allí a favor de la prestancia que daba el sueldo seguro y la ganancia fácil. Se agotaron las reservas y se perdió el hábito de poseerlas por creerlas innecesarias. Muchos tronaron y con el mal hábito considerado como necesidad se creó la trampa para poder consumir gastando lo que no se tenía. Sobre ese fuego sigue puesta la parrilla que soporta la marmita donde cuece el potaje de las deudas continuamente agrandadas y de las hipotecas innumerables, lo que es bien contrario a las austeras normas del padre de Angelita Carpintero, forjado por la pura conciencia mercantil, pero que al parecer será lo que perdure después de este derribo y Dios sepa para cuánto y para qué.

SUCEDIDOS

Hay personas que por mantenerse en plena juventud y evolución, aún siendo de las más conocidas y prestigiadas, no sabe uno como nombrarlas para que encajen en el concepto general de los lectores. Una de ellas es el hijo de Emilio Paniagua.

Para sus padres y para todos los de mi tiempo que viven, es Emiliete Paniagua. El, disconforme con el diminutivo, se puso muy alcazareñamente, El Chico de Emilio, que resultó bien y con ese nombre hizo sus primeras salidas a las lides periodísticas, diferenciándose completamente de su padre. Al morir éste ortó por el Emilio, pero la legítima resonancia de aquel nombre hace que para muchos Emilio Paniagua siga siendo nuestro Emilio Quinica y su hijo el chico, aunque ya tenga espollones, pero nos apegamos tanto a nuestros primeros juicios que cuesta trabajo modificarlos y a mí mismo, al decir Emilio Paniagua me supone esfuerzo no pensar en el padre y me tengo que reparar siempre. El tiempo y la desaparición de los viejos, dejará a Emiliete en posesión absoluta de su nombre, si es que antes no le reemplaza el tercer Emilio Paniagua que se va destacando.

Pues bien, el Chico de Emilio, me cuenta una de las ocurrencias de Estanislao, que las tenía a cada momento: Emilio, Estanislao, Manuel el del Nido, Victoriano el Viejo, Jesús Esperón y otros mantenían las esquinas del Cristo en constante regocijo.

Un día, en su casa de Valencia, su hijo Rafael se había retrasado y cenaba el último. Cortaba de un queso manchego que estaba casi en el centro de la mesa y por no molestarse en acercarlo para hacer el corte derecho y limpio, iba haciéndole escaleras y curvas en la masa. Estanislao le amonestó diciéndole:

—¡Hijo mío, cualquiera que te vea dice que estás partiendo el queso a la moda levantino-segoviana!

Otra ocurrencia de Carlos Gómez recordada por Emilio Paniagua:
Tocaba Carlos en la Orquesta de Manolo Iniesta, que amenizaba las sesiones del teatro Moderno en la época del cine mudo.

Era por el año 1928 y estaba de moda la canción de los enamorados de LA DEL SOTO DEL PARRAL que interpretaron hasta tres veces entre grandes aplausos y al hacerse el silencio salió una voz del gallinero diciendo:

—¡Que toquen la del Choto del Parral!

Los que estaban en las primeras filas oyeron la respuesta de Carlos el de la Dositea que comentó:

—¡Valiente Nanaeque! Ni que acabáramos de tocar la de la huerta del Rito.

AGUSTIN PANIAGUA

Entre los viejos remolones que quedamos en la Villa, sucede que o se muere uno o tiene que ir enterrando a los demás y a mí me viene pasando que raro es el que se va sin decirme adiós de una forma o de otra, con lo que no es menester decir los ratos que me dan. Ultimamente Ezequiel Castellanos y Angel Soubriet y ahora Agustín Paniagua.

El Angel, aún estando en Madrid, previno que me lo avisaran y dejó escrita una larga carta, que me debía, esperando poder echarla al día siguiente, carta notable que merecía publicarse y que no lo hice a su tiempo por no desfigurar los términos de íntima franqueza y sal alcazareña con que la redactó.

Ahora Agustín, tres días antes de morir, se presenta inesperadamente a entregarme su libro de apuntes donde tiene registradas muchas curiosidades alcazareñas y cuando le llamo al Casino para devolvérselo, me dicen que se ha muerto. ¡Qué sorpresa la mía!

Cuando vino Pepe Toribio a traerme la colección de EL DESPERTAR, su mayor amor, no se la quería tomar por la mala espina que me daba aquel desprendimiento y porque ya no era tiempo de tenerla yo. La acepté por no obligarle a volver a Madrid cargado con ella.

Ahora con Agustín ni lo pensé siquiera porque conocía el libro y tenía la idea de devolvérselo inmediatamente pero no me dió tiempo.

¿Qué ignorados presentimientos hay en la vida del hombre que aún en los mejores estados le inducen a tomar resoluciones testamentarias cuya razón se ve en su desaparición inmediata?

Miles de veces vino a verme Agustín con cualquier motivo, pero la última, sin causa aparente, llega y me dice:

—Vengo a traerte este libro porque como tú hablas de mí, quiero que lo repases bien y que hagas lo que te parezca.

Y así se fue, hablando solo, porque no era posible otra cosa con su gran sordera. Todavía le veo andando y hablando sin dejar de decirme adiós con la mano y sin caer yo que era el adiós a la vida.

Tenía el pesar de que yo no fuera socio del Casino, pero, a ver qué remedio. Sin embargo, él venía todos los años a traerme la lotería y yo se la tomaba aunque nunca juego. Y me trajo también el libro de oro del Casino porque a su amistad le parecía mal que no figurara en él. No se le olvidaba que habíamos jugado juntos de chicos y que al final seguíamos con la misma sencilla camaradería. ¡Qué satisfacción tan grande tratarse de viejos con la misma naturalidad que de chicos! ¡Adiós, muchacho! No te vayas de la calle para verte pronto.

ACLARACIONES

Me satisface mucho el hacerlas y más el recibirlas, porque el que me las hagan demuestra el interés con que se siguen estos trabajos y cómo resulta cierto que esta obra lo es de todos, como digo siempre y que poco a poco llegaremos a la reconstrucción de nuestra vida anterior.

Las principales de las motivadas por el libro 33, a las que debo corresponder por ser de interés general, son las siguientes:

Laurentino Manzaneque, que suele hacer crítica punto por punto del contenido de estos libros, dice del pasado, referente a los molinos:

«¡Con cuánto cariño guardaré este de los molinos! Parece fácil, pero nadie que yo sepa dió en ello. Una descripción y dibujo tan completos de este símbolo tan entrañable y eterno, con el paisaje y el alma manchega, son algo que sin saber cómo todos echábamos a faltar. Dice usted muy bien en la manera de hacer de Chaves, con entusiasmo y con ilusión, así es como se hacen las cosas que se sienten y por algo las obras de artesanía llevan eso especial que no tienen las cosas en serie y por ello cuando esto se da en personas dotadas o nacidas de esa gracia, se ve el reflejo divino, se logran esas manifestaciones de arte que sea cual sea su forma nos conmueven hasta los últimos rincones. Queda incorporada a su relato esa serie de palabras castizas y alguna típica manchega de las que no hace falta buscar su etimología y las propias de la jerga molineril se perderían en la gente del pueblo, pues creo que hoy es ya posible que algún hijo o nieto de molineros no sepan a la primera varias de las que eran tan usuales y corrientes en sus abuelos.»

Como en lo de Benitillo aparece el apellido Manzaneque, pregunta si los Manzaneques de Alcázar procedían de Urda, como se dice que proceden los de Criptana.

En el curso de esta obra hay muchos detalles que hacen verosímil el origen campesino de los Manzaneques alcazareños, que son Rodríguez Manzaneque, aunque se haya perdido por el uso la primera parte del apellido, pero alguno lo ha conservado, como hay también quien ha omitido el Manzaneque y conservado el Rodríguez. Pudiera ocurrir, como apunta Laurentino Manzaneque que todos vinieran del pueblo de este nombre, cerca de Urda o de Urda mismo, que por implantación de alguien tomara Manzaneque, pueblo, nombre de su primer vecino o del que lo fuera más calificado. Sería una curiosidad aclararlo, pero cuán difícil y trabajoso.

Al hablar de las Cenjoras de Criptana, con perfecto conocimiento de personas y de cosas, cuenta dos detalles humorísticos, el primero que a los coches utilizados por ellas, primero de sangre y después de motor, les llamaba la gente «el carro de la carne» y el segundo, que en el teatro hubo una fila que de cada dos butacas se hacía una.

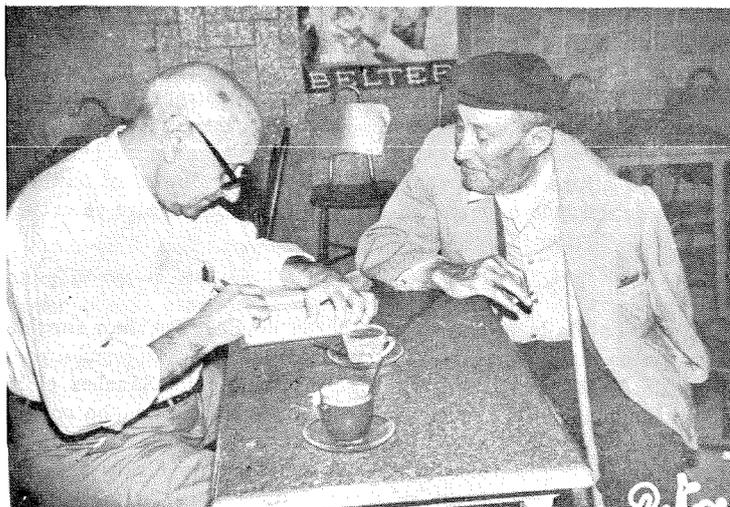
Las salidas del tío Cartagena le recuerdan las de su paisano el tío Pipiolo.

Refería un día sus mañas para la caza y el número de piezas que cayeron en sus

Después de escrito lo que antecede y publicado en la separata del libro treinta y tres de esta serie, se han recibido nuevas y fundamentales aclaraciones que me complace mucho incluir en este fascículo 34 para que se consideren unidas al trabajo original.

Se deben estas nuevas aportaciones a dos camuñeros cordialísimos y entusiastas manchegos, Don Pedro Yugo Santaacruz, director de la Banda municipal de Consuegra y Marcelo Muñoz Mariblanca, molinero de pura sangre por tradición familiar que, todavía, cuando llega al molino, saliendo de su espléndido bar restaurante, se le enrasan de agua los ojos y le tiemblan de emoción las palabras con que lamenta que se vea perdido lo que tanto amó.

Con ambos hemos ido al molino de Camuñas, cuyo estado de conservación corre parejas con el de Criptana, mejorado con los dispositivos de la limpia y cedazo que faltan en éste y algunos detalles que nos permitirán ir mejorando el conocimiento de este complejo mecanismo que esperamos ver completado con las aportaciones que se obtengan después de la amplia difusión que se le está dando.



Apolinar explica en el bar de su hijo los azares de su vida

El padre de Marcelo —Apolinar Muñoz Gómez— vino a Alcázar como molinero y fué el que tuvo Narciso Sierra, en el motor, donde sufrió un percance el 3 de enero de 1916, que le llevó la pierna derecha y el brazo izquierdo. Un tornillo del barrón de la transmisión le enganchó la chaqueta y lo arrolló con la suerte de sobrevivir al accidente y conservarse todavía en perfecto estado. Permaneció tres meses en nuestro Hospital Asilo y guarda recuerdo de los practicantes Caravaca, Comino y Frasco. Y del médico Don Gonzalo.

Como consecuencia de tal desgracia, Apolinar volvió de nuevo a Camuñas donde reanudó su trabajo con un carrillo y una mula para revender pan y cosas de confitería de Madridejos, pasando las fatigas que es de suponer para criar a la familia.

Una consecuencia pueblerina e inevitable es que a Marcelo le dijeran el del Cojo. Y otra, que tuviera que apenar firmemente desde chico que es la mejor en-

manos. Una vecina le pidió una codorniz y él se la prometió. Contenta la moza compró jaula, panizo y escarpia para que resistiera los saltos del animal.

Pasó tanto tiempo sin cumplirse la promesa y alardeó tanto el cazador de su maestría que la muchacha se decidió a recordarle su promesa y él le contestó que se la daría en cuanto llenara sus jaulas.

—Pero, ¿cómo son sus jaulas, si ya ha cazado usted más de treinta?

—¿No has visto mis jaulas? Pasa, chica. Y sacó una olla de las de las bodas, diciendo:

—Mira, esta es la primera. Aquí las arreglo. Y dándose una palmada en su lustrosa barriga, añadió: y aquí las enjaulo. En cuanto que las llene, la primera para ti.

Le venía el apodo de que tartamudeaba y como era tan comilón, al variar la comida le decían las mujeres:

—¿Qué, hermano Juan José, a por el pipi?

Y él con tono conformista, continuaba la frase... a... a... a... por el pi... pi... olo que salga.

Otro campesino, Juan Antonio Lucas Martínez, también observador y amigo de los molinos, se lamenta de que los nombres de las piezas no se hayan puesto al pie del dibujo del molino para facilitar su comprobación. Así se pensó pero luego no se pudo hacer si bien queda corregida la falta en la presente edición.

Son muy dignas de mención sus observaciones.

Recuerda que los molineros decían que iban a tender los lienzos y no las lonas, deduciendo que las telas de los molinos eran lienzos y no lonas. Así mismo los medios de sujeción de éstos los denominaban soguillas y no sogas y se las hacían los mismos molineros y molineras con esparto mojado y machacado. Es lo mismo pero puede ser que se usara el diminutivo por utilizarse en el molino otras sogas más gordas.

Agrega que la soguilla que pasa por las asillas se llama *quitaera* y no *corredera*. Qué lástima de nombre no haberlo sabido antes, pues aunque los dos le cuadran bien, es más molinero *quitaera* y evita la confusión con el nombre de la piedra de arriba.

Cree que la puerta del molino se abre a la izquierda, pero no, lo que hace es estar cerrada a la izquierda y por lo mismo se abre a la derecha o de izquierda a derecha. Tampoco es real que las aspas sean cuatro y cuatro las velas. Las aspas son cuatro pero las velas son dos, con un armazón común para cada dos aspas. Los telares sí son cuatro, porque cada aspa tiene el suyo.

Otra aclaración que estimo importante es la lograda en la Mota, gracias al interés de su prestigioso médico don Antoliano Castellano y a la suerte de que quede por allí un molinero del tiempo de nuestro Sotero, llamado Benedicto Zarco Jiménez, hijo del Barbas.

Este detalle es que la rueda del aire, que otros llaman Catalina, allí le dicen de la *puntería*, cosa mucho más propia por ser la que lleva los *puntos* que engranan en los husillos de la linterna y mueven el molino, como puede comprobarse en el trabajo que va aparte.

Este nombre debe prevalecer, como los de lienzos y sogas *quitaera* indicados por el campesino y amigo Lucas Martínez.

Con ello se muestra también de acuerdo *Chinales*—Eugenio Contreras Valbuena—, el juglar de la Mota, original cantor de sus esencias y cuidador actual de los molinos de aquella loma, desde donde se divisa uno de los panoramas más

sugestivos de la Mancha, recreo del espíritu delicado y humorista del bueno de don Antoliano.

Hay que agregar otro detalle del Barbas referente a la cantidad de molienda por unidad de tiempo, ellos molían seis fanegas de candeal en una hora, que es el doble de la referencia que nos habían dado anteriormente. No deben extrañar estas discrepancias, incluso entre los del oficio, porque se olvida todo y el determinar la altura total del molino, tan visible para cualquiera, nos costó dar no pocas vueltas.

Dado el estruendo ensordecedor que se forma en el molino durante la molienda, el molinero, si está solo, suele tener la puerta cerrada, pero jamás oye llamar ni aunque tiren la puerta. Sin embargo los entendidos utilizan un recurso seguro y fácil, el de golpear suavemente con la mano en el palo del gobierno, con lo que el molinero sabe enseguida que están llamando y que es gente del arte o de la casa.

Es una nueva indicación de Tiburecio, como la de que la harina más fina se logra teniendo en ella la mano izquierda y la derecha en el alivio y todavía mejor moliendo las mujeres, por la mayor suavidad de su tacto.

Sobre la soguilla quitaera hay que decir que desempeña otra misión fundamental cuando anda mucho aire y se muele a medio lienzo. Entonces se desabrocha un lado de abajo y se repliega el lienzo sobre la soguilla formando un pico de pañuelo, hasta la altura que convenga, atando la soguilla en el borde contrario y anudándola con la del lado opuesto. En el caso de aflojar el aire se extiende y azota el aire sobre todo el lienzo.

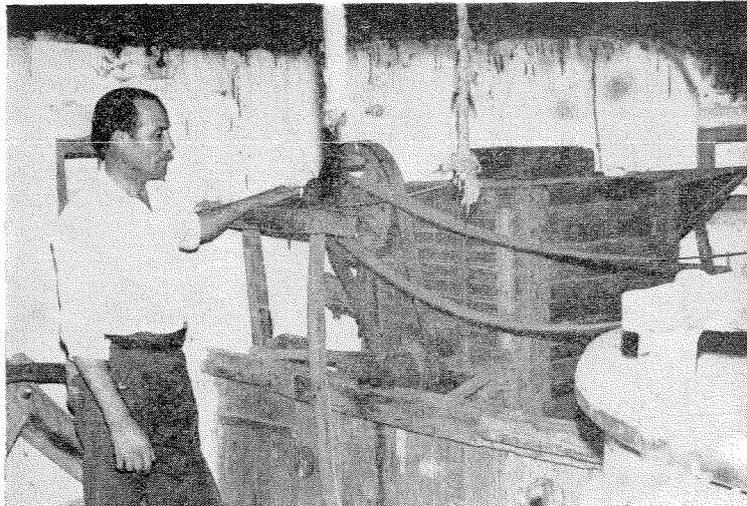
Sobre el personal de la puerta de la taberna de Federico, han surgido modificaciones importantes, la de más bulto, acreditada por el interesado, es que el que está sentado de frente no es Isidro el Cabrero, sino Luis Sánchez el hijo de Joaquín Junquillo, aquel que era celador de alambres y Luis andaba por entonces repartiendo «partes» por las calles. Vaya broma que nos ha gastado Isidro, pero a nadie de los que le conocieron les llamará la atención y dirán:

—¡Estás viendo! Si sigue igual en el otro mundo.

Son varios los que coinciden en creer que es Fernando Cortés, el pescadero de la calle del Santo, el que está sentado con él. Le conocí mucho y no me convence la idea, como tampoco me entra del todo que el que está en la puerta con Amador Vaquero sea Diego Grande, el que se casó con la Orfelina de Cartagena, cuñado de Leoncio Sáiz.

En cambio se ha identificado al chico tabernerillo que lo es el más pequeño de Pedro Cagalera—Paco—, que está clavado, la hechura de su cuerpo, su manera de estar de pie, el gesto de su cara y toda su facha, característica de la familia, lo identifican sin ninguna duda. El no haber caído antes fué por no fijarse bien e ignorar que hubiera estado de tabernerero teniendo su padre la tienda enfrente, pero es lógico todo y más oyendo a Luis Sánchez de referirlo, que es que pasó un tío retratista y llamaron a los que cruzaban por allí en ese momento y los pusieron, con lo que resultaría que el mandil del chico de Escobar no era el de la taberna sino el de las sardinas. ¡Valiente chasco, señores! Para fiarse del aire del Cristo. Cuando digo yo que... y eso que ya estábamos por el año 1915.

* * *



Marcelo puesto en el limpia explica su funcionamiento

señanza y que le entrara tan honda que todavía le emocione el llegar al molino. Ahí, ahí está el quid de la pedagogía, como decía Don Eugenio d'Ors, que a toda obra humana conviene aprendizaje largo y serio y terca disciplina, que forjan el ánimo con tan buen temple que Apolinar con su doble mutilación y sus años se colocó en el moledero para ir señalando con la garrota lo que era cada pieza, corroborándolo y completándolo Marcelo con la expresividad y lozanía juveniles. Nuestros lectores habituales ya conocen la descripción detallada del molino publicada en el fascículo 33 con el maravilloso dibujo de Chaves. Pues bien, en aquella camareta, al parecer de tan pocas aplicaciones que más bien se podía tomar como habitación de tránsito, es donde está instalado el cedazo y arriba, a un lado del moledero, dando al hueco de la escalera de subida, la limpia.

Detalle curioso es que en el peldaño superior de la escalera del moledero, primero de bajada, hay un agujero oculto, tan tapado que no se ve y comunica con un tubo que va a una alacena de la camareta distinta de la que vimos anteriormente, pues ésta está frente al cedazo formando rincón disimulado. Por ese agujero invisible solía el molinero echar puñajeros de molienda para mejorar la maquila. Frente a este peldaño y sobre el techo del hueco de la escalera está la limpia, para quitarle al grano los cuerpos extraños antes de molerlo. Consiste en una tolva de la que cae el grano a una criba que tiene debajo en la que se limpia de las impurezas de mayor volumen. El producto de este cribado pasa al tambor que como su nombre indica es un pequeño bombo de tela fina que hace de arnero, accionado con una polea que mueve la linterna al ser girada por la rueda de la puntería. A la salida del tambor, el grano ya limpio se recoge en espuertas y se lleva a la tolva del moledero o bien si la marcha del molino es más lenta que la de la limpia se deja en costales para luego molerla.

Del barroncillo de la labija, llamado guijo, sale una transmisión para el movimiento del cedazo que está en la camareta o habitación de la primera planta, situada debajo del moledero. Esta transmisión está cubierta por una tapa de madera semiesférica para evitar entrar el pie cuando está funcionando. Mediante esta transmisión se mueve el cedazo que ocupa toda la camareta y consiste en un gran bombo mucho más largo que ancho metido dentro de un cajón que va de pared

a pared de la camareta, con cuatro bastidores de madera a modo de puertas de buen tamaño, practicables, sujetas con aldabillas. El cedazo resulta por lo tanto dividido en cuatro tramos de los cuales se puede sacar harina de primera y de segunda. La primera en el primer tramo de la tela más fina. Según va pasando a los demás tramos va conteniendo más salvado residuario y por último éste sale por el final del bombo y del eje vertiéndose por un agujero.

Detalle importante no perceptible por el observador profano y que nos explican Apolinar y Marcelo, es que al llegar la muralla a la altura del moledero, lleva oculta en la obra de mampostería una madera de las mismas características que el anillo ya conocido donde se sienta el telar. Este anillo oculto recibe el nombre de *rueda terrera* y uniendo estos dos anillos paralelos, también embutidos en la



Marcelo quitadas las aldabillas procede a quitar las puertas que protegen el cedazo, para verle descubierto

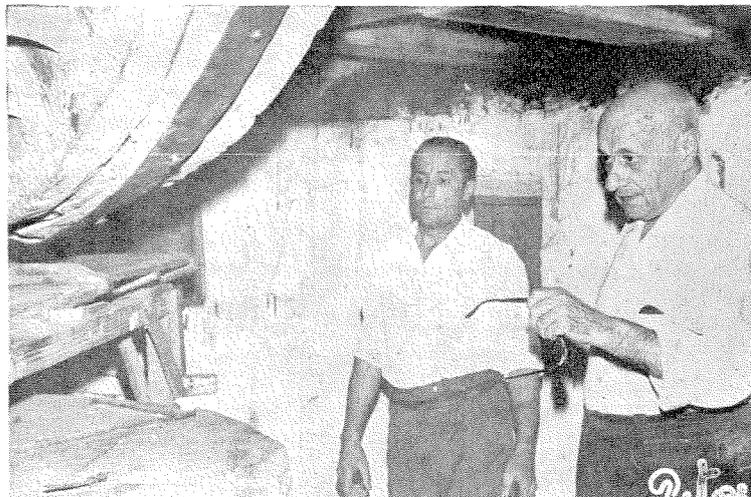
obra formando lo que se llama la estantería una serie de pies derechos colocados de 30 en 30 centímetros para fortalecer la muralla cuyo grosor disminuye a esa altura como ya se sabe.

Colgando de una escarpia había una herramienta a modo de martillo pero todo de hierro era el maneral en cuya cabeza se meten las cuchillas que también estaban atadas con un alambre y que reciben el nombre de macheta.

En cuanto a las aclaraciones del maestro de la música, y perdónenos Don Pedro Yugo director de la banda municipal de Consuegra, que le distingamos con este nombre que nos es mucho más grato por lo que tiene de familiar y manchego, las encontramos muy reales y aleccionadoras en el sentido de que no hay que envanecerse nunca, por muchos sacrificios que se hagan, pensando haber agotado una cuestión, no es poco aportar algo al conocimiento común y que al fin, con la suma de los esfuerzos de todos se lleguen a conocer las cosas con exactitud.

Primera observación de Don Pedro

El gobierno, dice, lleva en su extremo y al lado opuesto del borriquillo, una cadena que se llama rastra, la cual no menciona. Cierto, porque a mí me pasa lo que a él, que no soy molinero y como los molinos no están ahora cabales, si a los



Marcelo entusiasmado ante el cedazo, pondera su sencillez y utilidad

informantes se les pasa algún detalle que no esté a la vista se queda en el olvido, pero tiene razón, la rastra, así llamada porque arrastra cuando se está rodando el molino, que es la expresión con que se designa el acto de ponerlo frente al aire, es una cadena que lleva el gobierno en el lado opuesto del borriquillo y se sujeta al hito inmediato al en que se sujeta el borriquillo, con lo que el gobierno queda inmóvil, ya que el borriquillo sólo le sujeta de un lado y sin la rastra el viento movería el molino

Segunda observación.

Telera no es el bastidor formado por el armazón de cabrios en las velas, telera es cada uno de los palos colocados en sentido transversal y los que van de arriba abajo se llaman listones. Muy lógico, porque en las cabezas de los palos transversales es donde se abrochan los lienzos mediante la soga corredera. Lo de que las lonas se llamen lienzos ya consta

Cuarta observación

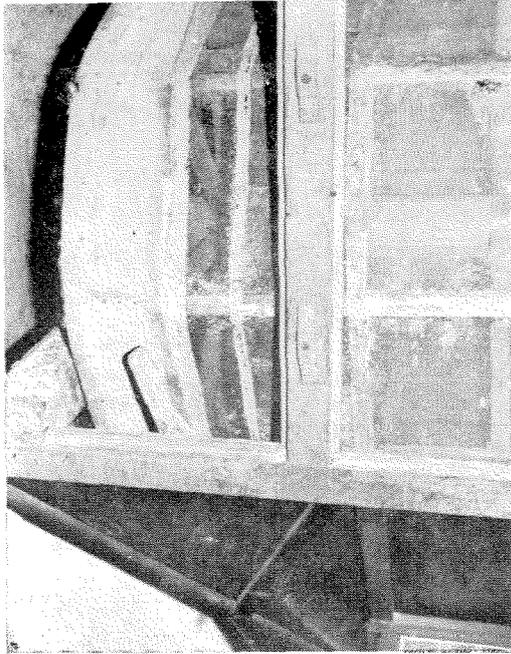
La tranca no es sólo el palo con que el molinero cierra la puerta del molino por dentro, sino que lo es también el palo de que se sirve para sujetar la vela apoyándolo en el suelo a modo de tente mozo, mientras realiza la operación de tender los lienzos. Esta tranca termina en horquilla por uno de sus extremos y lleva un clavo por debajo de ella atravesado para enganchar con él la punta de la vela y tirar de ella hasta colocarla en sentido vertical para el tendido de los lienzos.

Quinta observación

Que el anillo se llame cerco no concuerda con ninguna de mis investigaciones ni parece lógico. ¿Cerco de qué, si es un asiento, una solera, un punto de apoyo sobre el cual rota el telar después de bien ensebado?

Sexta observación

El colmillo que lleva la trechera en su extremidad saliente, para que ésta no se salga, se llama chaveta. Muy bien, conformes.



Cuarto cuerpo o final del cedazo por donde se derrama el salvado

Séptima observación

Que la piedra donde se sienta la extremidad terminal del eje se llama rabote ya consta.

Octava observación

Que además de la encina y el roble se use en el maderamen del molino la sabina es admisible pero para hacer ejes no, por ser un arbusto de mucho ramaje y poca corpulencia y un eje de molino no se saca de cualquier listón. Hay que aceptar que el roble, la encina o el pino sin sangrar eran las maderas usuales en la molinería.

Novena observación

Cárcel se llama también una pieza de madera que nada tiene que ver con las funcionales del molino y se emplea únicamente para pesar las velas al construirlas, antes de su montaje definitivo en el eje. Conformes. En la puerta del molino de Camuñas, donde falta el muerto, hay una cárcel, madero comparable a un tercio de traviesa de la vía, con una caja en su centro que es la cárcel en la que se mete la vela para dejarla en el aire a modo de fiel de balanza para ver si cabecea de un extremo o de otro y equilibrar su peso antes de montarla.

Décima observación

El palo con que se acciona el freno del molino por medio de un cordel pendiente de su extremo, se llama galga. Muy bien, igual que en los carros. Y cuando se tira de este cordel es precisamente cuando se quita el freno y no para echarlo como se decía en el libro. Este cordel de la galga tiene una anilla de hierro en su tercio superior, que se introduce en un clavo fijado en el telar para que quede sujeta la galga mientras funciona el molino. Para pararle echándole el freno, hay que soltar la galga cuyo contrapeso es otra pieza llamada maza. Cuando el molinero manda parar el molino no dice echa el freno sino suelta la galga.

Undécima observación

En el picado de las piedras, rayones, pechos y finante, hay otro llamado cordoncillo. Parece que cordoncillo y finante es la misma cosa.

Duodécima observación

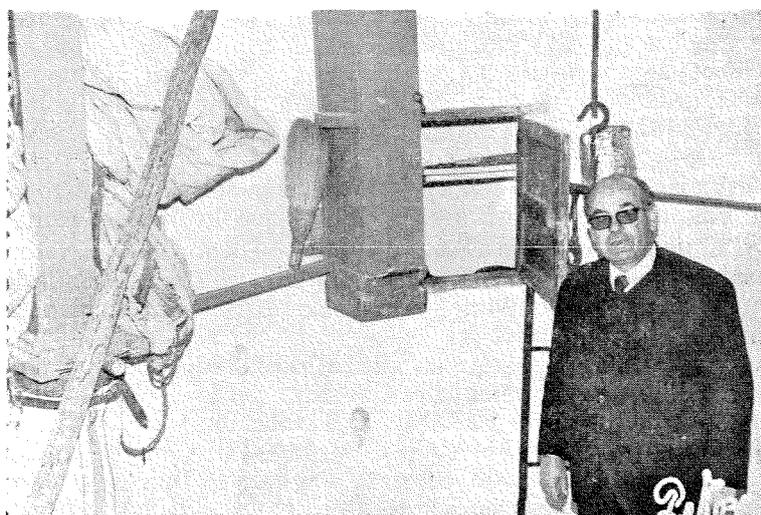
El guardopolvos de las piedras se llama también redor. En los molinos antiguos era de pleita y ahora de madera. Muy verosímil.

Décimotercera observación

Perchinal, es una pieza de madera que colocada junto al eje del molino para unir o coser la vela con el macho, impide que la vela se caiga al aflojarse la cuña. No se comprende ésto sin estar en el molino.

Última observación

«Los ratones de molino también se les llama saquilleros por ser su principal oficio el de recoger el grano para la molienda, que al pasar de sus manos a los lomos de su borrico, dejaba de ser tal para convertirse en cibera, palabra tan molinera que me parece no ha empleado. Una vez hecha la harina es distribuida igualmente por el saquillero a los clientes a quienes se les llama veceros, extraída previamente por el molinero la correspondiente maquila.»



El maestro Yugo, después de pulsar el alivio se queda mirando los tejados de Camuñas por la puerta del molino, mientras se estruja la memoria para que suelte los recuerdos

Muchas veces se da a las palabras tanta extensión y se cambian tanto los conceptos de unos pueblos a otros que pueden variar los significados, pero cibera es lo que sirve para cebar y en el caso del molino no lo es el grano, cualquier clase de grano, que lleva el borrico en el lomo, sino el que está en la tolva para ir cebando la piedra. Es sin embargo una palabra tan molinera que se lamentaba no haber caído en ella ni haberla dicho nadie siendo tan conocida.

Vecero, en el sentido de parroquiano, que tiene que ejercer por turno un cometido o guardarlo para alguna cosa, es también voz muy molinera que realza el espíritu de cuanto se ha dicho y debe ser recibida con plácemes para el Sr. Yugo.

Obsérvese cuán instructivas e interesantes han resultado las aportaciones de estos camuñeros y tomen nota de ello los lectores que con tanta benevolencia recibieron nuestra primera aportación, pues merece la pena que tengan el trabajo completo y por nuestra parte, si surgieran otras aportaciones las consignaremos con mucho gusto en beneficio de todos y de la historia de la Mancha.

Nuevos detalles más o menos relacionados con la medicina alcazareña

Cada vez se hace más firme mi convencimiento de que ningún esfuerzo se pierde y que la perseverancia halla siempre su recompensa.

Parecía que en la reconstrucción del pasado médico alcazareño habíamos llegado al límite de lo posible con lo publicado en los primeros y en los últimos fascículos, tanto en lo relativo a las personas que ejercieron aquí su menester como a los recursos que tuvieron que manejar y las limitaciones o escaseces a que tuvieron que amoldarse.

Al considerar estas observaciones nunca se puede dejar de trasladarse mentalmente al tiempo evocado y sus circunstancias, para no formar juicios extraviados, darle a las personas y a las cosas su justo valor y notar que lo alcanzado de bienes o males en el presente no es sino la consecuencia de las vacilaciones y titubeos del hombre en su caminar desde que se puso de pie y aun antes y que algún día seremos juzgados y lo será nuestro tiempo como momento accidental en la vida de la especie y de su evolución.

Enjuiciar el pasado con criterio de hoy sería gran error y motivo de un envanecimiento infundado para el que lo hiciera. Aquellos hombres y aquellas cosas tuvieron un valor, extraordinario valor, que no se puede ignorar, como lo tiene hoy el ir a la Luna, aunque los que se paseen después tranquilamente por los espacios interplanetarios nos tomen por unos pigmeos.

En las pesquisas históricas alcazareñas, hallamos que por primera vez se hace un enterramiento con licencia del médico, el día 8 de mayo de 1782. Era el difunto Baltasar de Lucas, marido que fue en primeras nupcias de Josefa Fernández Berenguillo y en segundas de Antonia Caballero. Se mandó enterrar en San Francisco y el sepelio se hizo con licencia in-escriptus de Don Francisco Pérez Hurtado, médico titular de la villa, en sepultura de sus mayores. Tres años después, el 20 de octubre de 1785, muere el médico mismo, marido de Mathea Cano, natural de El Bonillo, otorgando testamento ante Don Francisco Rico, secretario del Ayuntamiento, mandándose enterrar también en San Francisco en la forma que dispusiere su mujer.

Fundó una capellanía colativa en la iglesia de Santa María siendo su capital el que bastó según el sínodo del Arzobispado, dejando al arbitrio de su mujer los bienes de su dotación, con la carga de un aniversario de misas rezadas cada año por su alma y su intención, empezando nueve días antes de todos los Santos y por capellán nombró al clérigo u ordenante más pobre de dicha parroquial de Santa María, haciendo el nombramiento y elección de él en todas las vacantes el Sr. Vicario, el Gobernador y el Sr. Prior de dicha iglesia y por codicilo que hizo en este mismo día nombró por primer capellán a Don Vicente Flor, apellido bien conocido, clérigo ordenante de esta parroquial, con dicha carga. Nombró albacea y heredera universal a su mujer.

Otro rastro médico se halla el 21 de febrero de 1814, que muere Doña Juliana Millán, de Alcázar, mujer de Don Luis Rodrigo, natural de Hontanillas, obispado de Cuenca. Murió esta Millana de Zaratán a los 66 años de edad.

El médico, la enfermedad, el hospital, la iglesia y el cementerio caminan siempre del brazo y a nadie puede sorprender hallarlos tan unidos.

Sobre todos hemos hecho no pocas disquisiciones con el fin de llegar a conocerlos y apreciar su funcionamiento, aventurando algunas veces hipótesis que los esclarecimientos subsiguientes obligan a rectificar, por la pobreza de datos o las formas tan confusas en que los recuerdos de estas instituciones han llegado hasta nosotros, que más bien hay que adivinarlos o cogerlos por los pelos enredados con otros aspectos de nuestra vida.

Al situarnos en esta época sorprende la frecuencia de los enterramientos que se hacen en San Francisco y lo calificado de las personas que deciden por sí mismas que los entierren allí. Parece, por la diversidad de cementerios, que se puede elegir libremente el lugar del descanso eterno y desde el momento que San Francisco tiene un cementerio tan poblado y que cada parroquia tiene el suyo propio, surge la idea de cómo no lo tendrá la Trinidad y no hay duda que lo tendría, puesto que algunas personas disponen allí su enterramiento, aunque en menor número.

Recordamos aquella compra del hermano Simón Castellanos del patio de San Francisco, cuyas piedras adquiridas por el Ayuntamiento se utilizaron por Santiaguillo y Castillo en el arreglo de las calles para encintar las aceras cuando se hizo el cementerio actual. No dejaba de sorprender el tal patio, independiente del huerto, y sus piedras. ¿No sería ese el cementerio?

Como ya se ha hecho constar en otros escritos, ha sido una sorpresa encontrar un cementerio en San Francisco y un cementerio de tanta importancia y categoría, pero el 4 de junio de 1877 ocurrió un hecho que nos ayudará a comprender este asunto: en ese día, el Sr. Dr. Don José Pérez, vicario Eclesiástico de estos prioratos, bendijo el Campo Santo de la ermita de San Juan Bautista para esta parroquia de Santa María. Asistió a la bendición el Cabildo Eclesiástico, Gobernación y Justicia y multitud del pueblo.

Este hallazgo demuestra que estuvimos equivocados al enumerar los cementerios de la villa diciendo que eran tres, el de San Juan, el de San Sebastián y el de San Francisco. El hecho de esta inauguración demuestra que el cementerio que se venía llamando parroquial no era el de San Juan y que por lo tanto hubo otro antes que podría ser la iglesia misma y no sería raro que esas misteriosas cuevas o galerías subterráneas de que algunas veces me han hablado estuviesen relacionadas con aquel cementerio. Ni lo sería tampoco que el descubierto que tiene Santa Quiteria por detrás y acaso la glorieta misma lo hubieran sido antes de hacer el cementerio de San Sebastián, como sucedió en Santa María antes de hacerse el de San Juan y ambos en fechas relativamente recientes, debiendo lamentarse nuestra ignorancia por no haber habido nadie que sienta la necesidad de tenernos informados de nuestra propia vida, para respetarla y enaltecerla.

Considero un deber aportar algunos testimonios irrecusables que prueben estas hipótesis, omitiendo otros muchos en honor de la brevedad y extractando los que se mencionen, pero citando la fuente para que lo pueda comprobar y ampliar quien lo desee.

El 7 de abril de 1685 murió Manuel Buceta y se mandó enterrar en el convento de San Francisco.

El día 16-9-1691 muere Juana Romero, mujer de Manuel Díaz Ledesma y se mandó enterrar en el cementerio de San Francisco, en la sepultura de sus padres, luego era sepultura propia y de tiempo.

6-9-1693. Murió Francisco Romero Ocampo, viudo de Isabel Sánchez y mandó que se le diera sepultura en la parroquia de Santa María en sepultura propia.

Angela Berengüillo Guerrero, doncella, hija de Juan Sánchez Berengüillo y de Isabel Guerrero, difuntos, se enterró en Santa María.

Muchas de estas disposiciones testamentarias tienen detalles curiosos y útiles para la demostración de otros asertos, por lo que se siente prescindir de ellos. Un poco después de esto aparecen el apellido Morón con la importancia de irnos poniendo en camino del origen del nombre de esta calle, que desde luego es personal, como Tribaldos, Jadrage y otros del pueblo. También aparece el de Duqueso reiteradamente.

Se ha dicho otras veces lo frecuente que eran las segundas y terceras nupcias, sin que nadie les diera importancia, anudándose los nuevos lazos a raíz de las defunciones, pero al fin caía el inquieto y el 9 de septiembre de 1734, falleció María Paez, mujer que fue en primeras nupcias de Cristóbal Pozo, de segundas de Matías Barrejón y de terceras de Juan Romero Pozo, que le sobrevivió. Se hizo enterrar en San Francisco, temerosa de la soledad de la parroquia y dejó al tercer hombre por albacea y a su voluntad el bien que quisiera hacerle. Para que se vea que es cierto aquello de, «se ama una vez sin medida y aun se vuelve a amar sin tino más de cien...».

En abril de 1735 falleció el Gobernador Don Juan Suares Dábila y se mandó enterrar en San Francisco.

Cristóbal González, vecino de Alcázar, nacido en la Puebla de Don Fadrique, marido en primeras nupcias de Juana Gómez, en segundas de Catalina Gil y en terceras de Jerónima Sánchez, murió el 24-9-1735 y como la María de antes, ya hartos de mundo, dejó a la mujer por albacea para que le hiciera el bien que quisiera.

Véase qué hecho más curioso y demostrativo de las hipótesis formuladas.

Día 26-12-1790. En el Osario e inmediación de esta iglesia, se enterró a Angel Timosí, de 67 años, que era conducido o seis años de Galeras por el Sr. Teniente Villa, de Madrid, cuyo comisionado lo era de Don Antonio Artola y murió en la Veguilla, jurisdicción de la parroquia. Era natural de la villa de Cazalmofra en Italia.

10-2-1791. Se enterró en Santa María, en la capilla del Señor San Blas, al Teniente Coronel de infantería, sargento mayor de milicias provinciales a que da nombre esta capital, Don Bartolomé Flordiú Olavide, de ochenta y cuatro años, parroquiano de esta iglesia, natural y vecino de la Villa de Haro en la provincia de la Rioja. Murió de estado soltero. No tenía herederos forzosos.

9-11-1793. Vicente Peñaranda, se enterró en el convento de Trinitarios Descalzos, hijo de Don Francisco y de Doña Ruperta Fernández Román.

30-12-1795. Murió ajusticiado Isidoro Garcés que dijo haber nacido en Tomelloso y natural de Menjíbar o lugar Chiclana, mozo soltero de 24 años. Fue reo de muerte por la que dió a José Ovejero, en la que entendió la justicia de Argamasilla y sentenció la Chancillería de Granada, ejecutóse la sentencia y enterróse el mismo día en la capilla de San Pedro de la parroquial y sepultura que se le dió de limosna.

El cuarto enterramiento del libro sexto se refiere a Antonio Mateos Gallina que se encontró muerto en el camino de los Bataneros, dentro de la dehesa de Vaganueva y de orden de la Justicia se trajo a esta villa y por el feto que exhalaba se le enterró en la parte inferior del atrio en esta iglesia, junto al osario y posteriormente se supo que su muerte fue natural y que era vecino de la villa de Herencia.

Es un hecho muy ilustrativo respecto a una de las hipótesis emitidas antes sobre la posible localización del cementerio anterior al de San Juan. El cadáver, por el mal olor, se le dejó fuera de la iglesia y se le dio sepultura en el atrio, junto al osario, luego el cementerio estaba en la iglesia y en su contorno.

El 23-11-1809 se enterró a un soldado no conocido de España, en el atrio a cinco pasos de la esquina del osario, ignorándose sus nombres, sólo se sabe era de los heridos en la batalla de Ocaña. Y el día 4 del mismo mes y año, se enterró en la iglesia, a catorce pasos del osario, a un soldado francés de infantería, al parecer de 27 años, cuyo nombre, naturaleza y Regimiento se ignoran.

Poco tiempo después y por este mismo, se refieren ya mucho los enterramientos hechos en la ermita de San Juan, es decir, en el cementerio nuevo, aparte del parroquial, lo que significa que al decir que se enterraban en la parroquia o en la ermita era porque así se hacía efectivamente y porque eran lugares distintos.

Pero el hombre, antes de llegar al mar del cementerio, que es el morir, como decía de los ríos Jorge Manrique, enferma y se acoge a los hospitales, encajonado ya a su fin que en vano trata de resistir. Y en Alcázar, esta antesala de la muerte, tuvo, por su capitalidad y por nuestras maneras, cierta preponderancia y confusionismos, como los cementerios, según se ha venido viendo en el curso de esta obra y corroboraremos ahora. Únicamente la constancia y el gusto de ir reuniendo los detalles más dispersos pueden conducirnos al conocimiento preciso de los hechos, a veces por donde y cuando menos se espera. Véase un caso:

El día 15 de septiembre de 1783, falleció Juan, hijo de Juan Monteagudo y de María Monteagudo, pobre, natural de Junquera. Murió en el hospital de Nuestra Señora de la Asunción, vulgo de los Angeles, dice el acta, sito en la feligresía, en el que se le encontró una licencia o pasaporte de haber sido presidiario y cumplido su destino en el Peñón, por cual constaba de ser de edad de 33 años y de la naturaleza dicha y filiación. Firma el acta Don Manuel Antonio Manrique Tardío, que de esa forma tan sencilla nos aclara la inadvertencia que hemos tenido al considerar tantos hospitales en Alcázar, olvidando nuestro modo de ser y de hablar. El de Nuestra Señora de los Angeles y de

la Asunción, eran el mismo, nombrado por la gente de un modo o de otro, según se le ocurría de momento, como el que tiene muchos trajes y se pone el que encuentra más a mano. Por cierto que un año después de la muerte de Monteagudo en el hospital, muere también en él como vecino de la villa, parroquiano de Santa María y pobre, Manuel Marín Maqueda, marido de Isabel Monteagudo. Se le administraron los Sacramentos subcodicione, «por estar destituido de todos los sentidos», dice el mismo sacerdote Manrique Tardío y cita el hospital como de nuestra Señora de la Asunción, demostrando que era uno de tantos en la manera de hablar. ¡Qué haría en Turleque, donde se fue!

El mismo cura Manrique Tardío habla del Hospital de Nuestra Señora de los Angeles al sentar la muerte de Antonio Negrillo, acaecida el 22-12-1785.

No obstante surgen otros motivos de confusión que inducirían a error a quien no conociera la aguja de marear. Por ejemplo, el 29-1-1829 muere Vicenta Maroto en el Santo Hospital de Jerusalén, que son dos denominaciones distintas, por lo de Santo y por lo de Jerusalén que parece ser una manera abreviada de decir que pertenecía a la orden de San Juan de Jerusalén. Pero hay más, pues en otros casos se le denominaba casa de Caridad y Casa Cuna.

En un estudio que tengo hecho sobre los niños expósitos de Alcázar, que es muy importante desde el punto de vista de las costumbres y del concepto de la moral en un ambiente al parecer dominado por el espíritu religioso, llega un momento en que alguien, la Gobernación de la villa seguramente, disgustada del diario espectáculo del niño abandonado, empieza a hablar de la Casa Cuna. Y tal vez la autoridad hiciera público su consejo de alguna forma, bando o anuncio oficial, porque desde que aparece este nombre, casi todos los niños van a parar allí y los lleva a bautizar la misma mujer, probable guardesa de la casa, que los llevaba a las incluidas después. La tal Casa Cuna en aquella época y en Alcázar no podía ser más que la misma casa de caridad, que si como hospital recibía nombres diferentes, de la Asunción y de los Angeles, como casa se la distinguía también con el de la Caridad y Casa Cuna, que en el fondo todo es lo mismo, cuatro palabras distintas y un solo bien verdadero, el de amparar la necesidad.

El 27-4-1787 murió Josefa Ubeda, como de 30 años, moza soltera, natural de Alcázar. Murió en el Santo Hospital, sin más calificativos que eran innecesarios, porque santo, santo es el lugar que te recibe cuando todos te desamparan.

El 4 de mayo del mismo año murió en el mismo Santo Hospital, Gaspar Ximénez, soldado miliciano de 26 años, natural de Fuentelespino, obispado de Cuenca y partido de Ocaña, contradicciones geográficas que nos recuerdan aquello de: «Si es que el cura te absolvió, de aquello del Cabañal, o tú te confiesas mal o él te confiesa peor».

El hospital es el gran espejo para observar las costumbres sociales, merecedoras del mayor respeto y compenetración de todo médico digno de su misión y en esta época de finales del siglo dieciocho y principios del diecinueve, los hospitales de Alcázar ofrecen un cuadro tristísimo y dan fe de la peor circunstancia porque pasó la villa, todavía más que en las descripciones espeluznantes que nos legó el inolvidable Don Enrique Manzanegue.

Aquí se ve palpable que no había hipérbole cuando Don Enrique decía que la gente desfallecida se iba al cementerio a morir por no quedarse por la calle, pues al hospital se iba a eso y hay que suponer que dentro del establecimiento nadie podría evitarlo cuando dentro de él se producían tantas muertes certificadas como por o de necesidad. No hay que decir los niños cuyo alimento era la piltrafa de una madre escualida y no quedaba ni uno y los soldados que llegaban hasta allí sin poder tenerse. Pobrecillos, qué sería de ellos cuando los vecinos del pueblo de toda edad y condición tenían como recurso refugiarse allí para morir. Los entierros son de limosna y en cualquier folio se puede ver cómo el Cura Carbonera va registrando resignadamente las defunciones: en esta iglesia parroquial y Mayor de Santa María, se ha enterrado a Ignacia Rodríguez, de 32 años, viuda de Bartolomé Tejado, que murió en el Santo Hospital de los Angeles. Y sigue varios días seguidos, con María Quiralte, viuda de José Chinchilla, de Alcázar; José Flores, casado con Manuela Gómez Espadero, también de la villa; Mauricia la de Villafranca, Teresa Manzanero, viuda de Miguel Moreno y otras muchas cuya cantidad aterra, no todos pobres de solemnidad; que Vicente Román se entierra en la sepultura de sus mayores y Polonia Redondo, como de sesenta y cinco años, estaba casada todavía con José Díaz Villarejo. La relación sería interminable. Agustín Balboa, natural de Santiago de Galicia, del regimiento de inválidos de Marbella, de edad como de 50 años, murió en el Santo Hospital el día 6 de enero de 1788, y María Leal, como de veinte años, cuyo origen alcázareño trasciende, el día 9 de octubre.

Del juicio formado por médicos y sacerdotes sobre las causas de las muertes puede deducirse cuál sería la situación. Veamos algunos.

Mariano López, pastor de oficio, de 60 años, marido de Antonia Marchante, naturales de la villa, murió de necesidad el 21 de febrero de 1838. Y el día 26 murió por la misma causa Bernardo Castillo, de 10 años, hijo de la villa, donde vivía con sus padres.

Al día siguiente, también de necesidad, Reyes Requena, de 9 años, hijo de Celestino y de Juliana, de oficio pastor. Y el mismo día, Francisco Librado, de 50 años, jornalero, marido de Petronila Chocano, todos de la villa, murió de necesidad en el Santo Hospital.

Es horrible la miseria reinante. Con razón se llevaba Manzanegue las manos a la cabeza. Las calenturas y la necesidad diezaban la población. Horripila contarlos, pero se podrían agregar infinidad de casos de todas las edades y condición. Las calenturas serían de diferentes causas, pues en esta época de principios de año no eran tan frecuentes las fiebres tifoideas, más bien sería la tisis su causa.

El día cuatro de abril se enterró a Juan Antonio Pérez-Pedrero, de 60 años, viudo de María de los Angeles Angora, que murió de miseria, así como suena. El día 9 de junio aparece por primera vez un diagnóstico que debía darse con frecuencia. Murió Manuel Maroto de 52 años, pastor, de tifus.

Sólo en una corta temporada se consignan las causas apreciadas de la muerte, antes de ella y después no se dice nada. Y es interesante médicamente señalarlas, aunque en la mayoría no se dice más que murieron de enfermedad. Y por coincidencia de nombres con el médico

merece consignarse en este lugar que el 9-10-1834, se enterró a Antonio Anaya, natural del Campo de Criptana, vecino de Alcázar y marido de María Antonia Martínez natural de Madrid. Y otro detalle curioso, que a pesar de casarse la gente tantas veces, no faltaban los que llegaban al final en estado continenti.

El 24 de mayo de 1836 muere otro Juan Pérez de Morales de 46 años. Pero veamos los diagnósticos.

Rafaela Fernández, de 30 años, mujer de Gregorio Utrilla, de oficio pastor, naturales y vecinos de la villa, murió de calenturas pútridas, expresión de indudable origen médico, y Antonia Molina, viuda de Francisco Espadero de oficio bracero, murió de vejez, a los 90 años, y Francisco Ortega de oficio tratante, de 40 años, marido de Tiburcia García Alcañiz, murió de pasmo el 10 de marzo de 1838.

Menudean las calenturas, pero Juana Romero, de 52 años, viuda de Diego Galán, muere de pobreza. Cesárea Ruiz Meco, de 8 años, de una hinchazón, y en unos días, varios tuvieron la suerte de morir de repente.

De siempre, el hombre, cuando se ve comprometido e impotente, invoca a la Divinidad y en aquellos últimos años del siglo 18, con motivo de la enfermedad contagiosa que se había levantado en Cádiz, Puerto de Santa María, Sevilla y otros pueblos de Andalucía y temiendo se extendiese por todo el Reino, con acuerdo de la villa, sus Priors y Médicos, se determinó hacer rogativas públicas con asistencia de los tribunales, en esta iglesia parroquial y mayor de Santa María, en los días 6, 7, 8 y 9 de octubre del presente año 1800, para cuyo fin se trajo a San Roque desde el Monasterio de Religiosas de la Concepción. El día 6 hizo la rogativa la parroquia y Cabildo de Santa Quiteria, el día 7 la Comunidad de Religiosos de San Francisco, el día 8 la Comunidad de Religiosos Trinitarios y el día 9 la parroquia y Cabildo de Santa María.

No hay noticias de que llegara aquí nada de eso pero sin llegar, lo mismo que antes, la gente seguía muriendo de continuo en el Hospital y enterrándose de limosna, lo cual indica lo miserable de la época, aunque nunca faltaba quien elegía el sitio, pues el 12-6-1805, murió Antonia Calvillo Mendoza, apellidos que sonaron mucho en su época, de estado honesto (moza vieja) y se enterró en el convento de la Santísima Trinidad.

Un año antes, en septiembre del 804, por orden expresa de S. M. Carlos IV, que Dios guarde y su Gobernador del Consejo y como orden del eminentísimo Cardenal de Escala (Arzobispo de Toledo) comunicada a su Vicario en esta villa y al Sr. Gobernador de ella, se hicieron rogativas públicas implorando la piedad Divina en las presentes necesidades públicas de la peste en Málaga, Alicante, Cartagena y sus inmediaciones, que se ejecutaron el día 20 en Santa María, con exposición del Santísimo Sacramento, Sermón y la Letanía del Santísimo y Preces por mañana y tarde, el día 29 en Santa Quiteria, el 30 en la Concepción con igual solemnidad y asistiendo a todas los Tribunales, comunidades y pueblo, el día 7 en San Francisco y la Trinidad y el 10 en las Religiosas de San José y el 14 en la Concepción.

Con peste o sin ella, pero con la peste del hambre, en Alcázar mo-

rían como chinches, sin dejar más huella que la de su nombre para acabar pronto, hasta tres curas muy conocidos se entierran en esas condiciones, tan distintas a las anteriores. Estamos en plena invasión francesa.

Por agosto de 1809 aparece una nota hablando de la **guerra actual** y dice que hace muchos meses que los franceses hanse a nuestra España y se han retirado muchos soldados españoles a este hospital en ocasión de haber en esta villa muchos franceses y no se ha podido adquirir noticia de los nombres, apellidos y naturaleza, estado ni regimiento, por lo que no se anotan las partidas de ellas, habiendo día de tres o más muertos, que a todos se les ha dado eclesiástica sepultura y administrado los santos sacramentos, según la probabilidad y circunstancias actuales. Al serenarse un poco las aguas aparece registrada una defunción por **tabardillo** y otra de enfermedad de pecho. Aparece enseguida el sobreparto que ha llegado a nuestros días, si bien ya más conocido por calenturas puerperales y casi siempre en el primer parto que rara vez se libraban de la defunción. Otra causa de muerte registrada es el paroxismo, pero predomina el juicio de enfermedad y en la mayoría se sigue omitiendo la causa. Menudea el tabardillo, calenturas malignas, el parto y la perlesía, enfermedad de edad, mal de pecho, vejez. El Presbítero Don Francisco Elías Calvillo se enterró en la parroquia el 11-11-1811 muerto de vejez a los 70 años. La muerte de alferecía en los párvulos sería meningitis tuberculosa, nada rara en una época de tanta miseria que podían morir de necesidad muchas personas de 30, 40 o 50 años y no digamos los viejos, que se apagaban los pobres como candelas sin aceite. El ser párvulo era una justificación plena de muerte, como cosa natural y descontada, poco merecedora de atención.

El dolor de costado (pulmonía) es otra de las causas de muerte frecuente, por entonces terrible y que los médicos jóvenes no se pueden ni imaginar, como las tercianas, las viruelas, los sarampiones, etc., que con el tabardillo compartían las más terribles plagas habituales. Morir de necesidad en el Santo Hospital era diario y gentes de todas partes además de los muchos del pueblo. Por algo se conservó el dicho de que al hospital se iba a morir.

María Romero, que fue natural de La Solana, murió de perlesía a los ochenta años. Así se llamaba a la enfermedad de los temblores, actual de Parkinson.

Por el 1814 se produjo un cierto clareo entre los religiosos de la villa. Murió la abadesa de las Monjas de San José que se enterró en la parroquial de limosna, si bien ellas tenían un gran caudal, de lo que todavía es prueba el llamado granero de las monjas. Al poco una donada del mismo monasterio y sin tardarse mucho la nueva abadesa, Sor María Antonia de San Antonio, natural del Campo de Criptana.

Murió el Prior Fray José González Carbonera, del hábito de San Juan, natural de Saldaña, obispado de León, de ochenta y un años, que falleció de enfermedad.

Y el día 13 de marzo Fray Vicente Quiñones, sacerdote del convento de San Francisco.

Y un soldado, tambor del Regimiento de Alcázar. En el Santo Hospital otro soldado de infantería del Regimiento de Alcázar, Juan Sáez,

de 25 años, natural de Santa Cruz de Mudela, que murió de inflamación interna.

Josefa Campo, mujer de Diego Racionero, murió a los 28 años de sobrepeso y recibió solamente la extrema unción, por haberlo impedido el «vío de los sentidos un flujo de sangre que le sobrevino y tampoco testó».

Ocurren siete defunciones seguidas de viruelas y varias de anginas, cuya enfermedad de fondo sería la difteria, pero no hablan de garrotillo o tal vez no se dijera todavía eso.

El 31-5-1817 muere Don Antonio Ortega del Río, Presbítero, de enfermedad a los 45 años —ya se ve que era alcazareño— parroquiano de Santa Quiteria, pero sacerdote de Santa María, en cuyo campo santo se mandó enterrar, como Teresa López Guerrero, mujer de Benito Barchino Lossa, fallecida de enfermedad a los 54 años.

Un detalle que se hace resaltar en los entierros de limosna o de pobres en esta época, sin duda a los efectos de la liquidación, es si pagan o no la obra Pía del Rey y por excepción se encuentra algún caso que por su testamentaria queda incluido, como Tiburcia Ximénez del Río, de 80 años, soltera, natural de Alcázar, que murió el año 833.

No faltan los casos de accidentes, suicidios y fusilamientos que se omiten por no hacer al caso.

Manuela Rodríguez, mujer de Jesús Escobar, de oficio zapatero, murió de necesidad y no testó.

Manuel Sánchez, murió en el hospital de una hinchazón a los 56 años, el probable edema de hambre de las avitaminosis.

Blas Zarco, labrador, viudo de Manuela Fernández Checa, de 56 años, murió de otra inflamación el 20 de julio. Y el niño Esteban Rubio, de 3 meses, de alferecía, segura meningitis como otros que le acompañan. Ana María Huertas de 62 años, de tabardillo, que en agosto era segura fiebre tifoidea. Y le siguen tres de calenturas, de 16, 18 y 19 años, calenturas pútridas, dicen. ¡Cuánta miseria, Santo Dios! ¡Pobre gente y pobres médicos, luchando contra todo aquello! ¡Cuánto pasarían!

En noviembre del 38 muere Romana López, de un año, de gangrena y seguro que en la boca por escarlatina.

El 30 de junio de 1840 se dió sepultura a Manuel Junquillo Sánchez, cuyo cadáver fue hallado inmediato al pozo de las monjas de la Concepción, junto a la portada del convento. Lo interesante del caso, que brindo a mi amigo Heliodoro Sánchez, es que se llamara Junquillo de apellido. ¿No se equivocaría el escribiente?

Al año murió la doncella de 15 años Josefa Pérez de Morales, hija de Jesús y de Vicenta Pérez de Morales y Sánchez de Garcisánchez, para que se vea el realce que pueden adquirir los más vulgares apellidos. La joven debió producir gran dolor al ausentarse porque el cura le puso un ramo caligrafiado al pie de la inscripción con una flor abierta en el centro. ¡Pobrecilla!

En estos años no consignan las causas de la muerte ni apenas dato alguno, pero sin embargo se percibe en los folios cierto tufillo de que la miseria va decreciendo aunque muy poco a poco. Estaban en la parroquia Don Pedro Malpica, de Prior y Don Jesús Romero, de Teniente, que se limitaba a mandar dar sepultura al muerto.

El día 4 de abril de 1850 ocurrió una defunción curiosa, la de Pedro Casancau Breviot, de 53 años, natural de Ojen, Cantos de Oleron, departamento de los bajos Pirineos en el Reino de Francia, de oficio capador que murió de enfermedad en la posada.

Y ya por el 54 empiezan otra vez a aparecer los diagnósticos. Celestino Requena, de 64 años, muere de paraplegia y Juan Chocano de 32 años de quemadura y Trinidad Díaz Mínguez de otra a los dos días, pasándose ya muchos folios sin mencionar ninguna causa de muerte, hasta que un mal día, el 19 de agosto de 1855, aparece la primera defunción de cólera morbo, siendo la víctima Isabel López Alcolado, de 52 años, mujer de Pedro Borox, siguiéndole Angela López, de 28 años, mujer de Crisóstomo Jaramillo. Se cuentan hasta nueve defunciones más, siendo muchos los párvulos y adultos cuyos fallecimientos están intercalados entre los coléricos sin que se diga de qué, sólo uno hay de mal de pecho, un niño de 10 meses de úlceras cancerosas, Quiteria Cáceres, de 86 años de perlesía y Juan Octavio, de 80 años de hidropesía de pecho. Y para los Santos dejan de consignarse nuevamente los motivos de defunción.

Don Enrique Manzaneque dijo que ésta había sido la más mortífera de las tres invasiones coléricas y aludió a la relación habida en el Ayuntamiento de los invadidos, con nombres y domicilios, así como de los que fallecieron. Confiemos en hallar ese documento, sin ocultar la extrañeza de que la parroquia registrara tan pocas defunciones, pero como Don Enrique era hombre de oficina y dado como todos al dato concreto y a completar el expediente, hay que suponer que no citara de memoria y debemos esperar encontrar la relación que cita para enjuiciar la importancia de la epidemia.

Se siguen omitiendo las causas de las defunciones, pero en julio de 1860 murió el niño Joaquín Romero de irritación. Sin embargo en los contados casos que se consignan, se van viendo juicios más concretos, como gastritis, bronquitis crónica, gastroenteritis, etc., sin que falte ni mucho menos en los niños la muerte por dentición o por no serle su tiempo correspondiente ni el viejo que muere de enteritis crónica corroborando aquello de las tres causas seguras de muerte del anciano, la caída, el catarro y la cagueta. El sarampión y la dentición hicieron buena saca de niños en este agosto del 860 y aparece la tisis consignada como causa de muerte. Es indudable que antes de consignarla no estaría escasa. En este mismo año aparecen algunos casos sueltos calificados de cólera ¿? con otros de disentería, epilepsia y mal cerebral. Y otra cosa chocante, que sale por primera vez, el diagnóstico de garrotillo, pero esto no debe significar que apareciera entonces la difteria porque otros muchos diagnósticos formulados se podrían incluir en ella con entera legitimidad. El privilegio triste de este número uno le correspondió al niño Rufino Romero Requena, de 4 meses, que vivía en la Carrasola.

Viendo los diagnósticos escritos, que a veces no comprende uno ni aun trasladándose a las épocas más remotas, se cae en lo muy acuciado que se suele ver el médico para soltarlos. La gente no acepta la duda y menos participar en ella o sufrirla. El no concretar en una palabra lo que tiene el enfermo intranquiliza a todo el mundo y coloca

al médico en situación desairada, lo contrario de cuando ya se ha dado el nombre a la enfermedad, que entra el sosiego:

—¿Y qué dice usted, Don Fulano, que eso es muy malo? Porque mire usted que va por la espuma.

Aunque el médico, que sigue con la duda en su mente, diga:

—Déjalo, mujer, ten calma, a ver qué marcha toma ésto. Y vuelve a la ambigüedad de lo que puede ser o puede no ser. Y sigue la intranquilidad y el malestar.

Por eso se explica que los médicos soltaran aquellos conceptos tremebundos:

—¡Tiene un causón, y esto es tremendo y de momento!

La gente se encogía, rezaba a las ánimas del Purgatorio, dándole los papelillos al enfermo con fe ciega, hasta que pasaba lo que Dios quería.

Aparece aquí otra defunción en la calle del Navajo, de tan pocos vecinos, Juan Antonio Chocano Tejado, de 19 años, que murió de hidropesía, hecho real probablemente, pero de diferente causa a la admitida corrientemente a esa edad.

En este verano del 861 hay muchas defunciones por irritación, con o sin vómitos y a cualquier edad aunque lo frecuente sea en los niños llamados párvulos invariablemente. Esto justifica la idea que se ha mantenido de poder morir de una irritación originada por diferentes motivos y no todos de la gástrula, sino a su salida, pues muchas veces, las madres, preocupadas por el estado de sus mozos, me han dicho que me fijara por si habían cogido alguna irritación o así.

Carlos Maroto, de 68 años, murió de fiebre intermitente en la calle de la Paloma y Catalina Panadero Arias de garrotillo en la placeta Al-mendros y Anastasio Manzanero Mendoza, de 15 años, del Zurrante, en la Torre del Cid, todos en los mismos días, como también Manuel Marchante de tercianas en el Pozo Coronado.

Por esta época se van haciendo presentes los diagnósticos teóricos, de libro, un poco o un mucho memorísticos, que se ve a la legua no responden a una madurez clínica. Del ataque cerebral o la alferecía pasamos a la meningo-encefalitis, conservando el garrotillo que se lleva a los niños en racimos continuamente. Siguen los diagnósticos clásicos, pero alguien debía estar alardeando de lechuguino.

Al tío Laureano y a la hermana Cesárea se les murió por estos días un niño, Luis Martín, de 18 meses, de la dentición. Retrasadillo andaría porque a esa edad ya se ha completado la primera dentición.

El 2-7-1862 murió Ignacio Castellanos Pérez-Vázquez, de 20 años, en la calle de Santa María, de cáncer al hígado, primero y único caso de cáncer que se ve en estas relaciones hasta la fecha y para eso no le faltan ribetes de fantasía libresca.

7-10-1862. Muere Don Bernardo Guerrero Lafuente. ¡Qué sorpresa! De 37 años y ya viudo de Doña Juana Añover, natural de Argamasilla de Alba. Se recordará que fue Alcalde de Alcázar, que le sucedió Don Joaquín y que lo sujetó tanto en las liquidaciones que tuvo que comprometer toda su fortuna de diferentes pueblos de la comarca. Lo que no se podía pensar es que hubiera muerto tan joven. Murió de una fiebre tifoidea y se hizo enterrar de segunda con menor ostentación, aunque con funeral de primera.

21-10-863. Muere Rosario Carretero, de 26 años, mujer de Fermín Rubio, en la Placeta de la Bolsa, de un vólvulo, diagnóstico del de la meningoencefalitis, seguro.

Juan Espadero, de 84 años, casado con Eufemia Ortiz, que vivía en la calle de Santa Ana, murió en diciembre de una hidropesía del pecho.

Baltasara Cano, de 38 años, mujer del Parraro —Mateo Marcos de León—, zapatero, que vivía en la placeta de Cervantes y en la casa de Cervantes precisamente, desde que era placeta de la Rubia, murió de una apoplejía fulminante.

Y ya en enero de 1863 vuelve a salir la placeta del Rosquero otra vez, después de haberse repetido la calle del Mediodía, lo que parece indicar que existían las dos al mismo tiempo o que cada uno le llamaba como le parecía que no sería raro. El muerto ahora, por un ataque pulmonar, lo era Inocente Alonso, lo que quiere decir que era Churrín.

El 4-3-863 muere el niño de seis años Manuel Martín del Campo, hijo del traginante Manuel, que vivía en Santo Domingo, de una tabes. Nuevamente se ve que había un médico al que le daban los diagnósticos elegidos o se los fraguaba a su gusto, de tanto saber.

Muere enseguida Estefa Cañadillas, hija de Julián, natural de Madrudejos, como acredita el apellido, casado en Alcázar con Bernarda Morano y de oficio cardador, que viven en San Francisco. La misma mano médica sienta otra vez el juicio de tabes, pero le agrega el calificativo de mesentérica. Se le ve al hombre tan hueco sentando cátedra en los portales de las casas con las vecinas.

A estas alturas de las lecturas se han visto muy contados casos de escarlatina y de erisipela, tan abundantes y malos luego después. Y de tisis muy pocos, registrados como tales, comparados con la realidad.

Entre 63 defunciones ocurridas en el agosto de 1863, sólo hubo una pulmonía, una hernia, un mal interior, un ataque al cerebro y una congestión cerebral, unas tercianas y una enfermedad. Los 56 restantes fueron niños de sarampión, eso solo en Santa María. Se puede calcular lo que sería la epidemia aquel año, pero sin salir de eso, porque continuaron las defunciones, se encontraron de cara al otoño con las calenturas y las pulmonías. Todavía antes de fin de año se registraron otras cuatro defunciones de sarampión y una de carbunco.

El 15 de diciembre se le ahogó el hortelano a Don Juan Alvarez Guerra en el pozo de su huerta, inmediato a la calle de la Estación. Era gallego, de Fresnadas (Lugo) y se llamaba José Garay de la Fuente.

Entre muchas defunciones por irritación a todas las edades aparece una por mal de origina en un mozo de 24 años, concepto por demás ambiguo para esa época y Jesús Meco que murió de viruelas a los 40 años en la Placeta de la Justa el 5-10-1868 y este diagnóstico sí que era seguro, como el de Francisca Meco, de 15 años en la misma Placeta.

El brote varioloso originó 24 defunciones más en aquella barriada, algunas en el Cristo del Amparo, lo que hace suponer que su emplazamiento, todavía no puntualizado, estuviera por allí.

Nos acercamos al siglo de las luces, pero tal vez por las inquietudes de las epidemias se consignan muy irregularmente las causas de las muertes y los domicilios, recordando el patrón antiguo de poner el nom-

bre y poco más. No obstante se encuentra alguna que otra sorpresa, como la de Paula Bautista Díaz Mínguez que muere a los noventa y un años de debilidad congénita el 1-6-1881, y el niño que le precede, que era precisamente de Esteban Córdoba, el bondadoso capataz de las Carboneras y se llamaba Gabriel, que murió de hidrorraquis. Lorenzo Robles, de 6 años, falleció en el hospital, de neurosis del plexo solar. Obsérvese cómo los médicos ven volar en su mente los conceptos y los términos librescos sin lograr encajarlos en la realidad.

Muere por entonces el Esteban de la hermana Gabriela, de 8 meses, a las 7 de la mañana, de irritación, que es mucho más sencillo y natural que el ultracientificismo. Y muere, también, mi hermanillo mayor, Francisco, de 3 meses, el 5 de mayo de 1882, a las 4 de la mañana, de bronquitis, diagnóstico seguramente sentado por don José Carrero, aunque había sarampión, porque el Francisco del Jarillo —Francisco García Baquero Izquierdo—, de 3 años, falleció de él allí orilla.

El día 9 de junio falleció un forastero en el hospital, de una acción espasmódica del nervio neumogástrico, así. Ahora es menester imaginarse a aquellos hombres, tan poseídos de su suficiencia, soltando aquellos juicios que en su boca parecían el doble. Y tampoco hay que perder de vista a los sacristanes escribiendo estos términos. El 28 de junio se mandó dar sepultura a Justino Marchano, de 78 años, francés, fallecido en el hospital. Y dice el sacristán: «no se pueden dar más detalles hasta traducir el documento que le acompaña».

En pocos días caen unos cuantos familiares: Genara Mazuecos, hija de Juanillo el Basto y de Narcisa, de 9 meses, de cólico coleriforme. Bienvenido Morano Pérez-Pastor, de 3 meses de enterocolitis y Feliciano Mazuecos Jiménez, de 9 meses de enteritis coleriforme.

Se citan algunos casos, muy claros de viruela complicada, viruela confluyente y gangrena complicada y como siempre se van multiplicando los casos hasta tomar carácter epidémico. A la chita callando se registran durante el invierno unas veinte defunciones de viruela en aquel barrio solamente, sin llegar a extinguirse en todo el año.

Y aparece un diagnóstico confundible con la tisis, la ETIQUEZ.

Debe suponerse que los sacristanes copiaban las palabras escritas por los médicos, pero a pesar de eso desbarran en demasía y hay que andarse con cuidado al interpretar lo que dicen. En el caso presente, etiquez, hetiquez o héctiquez, que de las tres formas se escribía, significa, como la tisis misma, un estado morbozo de evolución crónica, caracterizado por la consunción del individuo y por la fiebre que se llamaba héctica, acompañada de la desintegración de algún órgano. Como la enfermedad específica que con más frecuencia originaba este cuadro era la tuberculosis, en el vulgar concepto se entendían como idénticos el estado héctico, la tisis y la tuberculosis y recuerdo haber oído a mis vecinas de la calle Ancha, hablar de quien estaba héctico y de otros que por su estado de delgadez parecían estarlo, pues en realidad el significado de la palabra es estar muy flaco, casi en los huesos. Estar héctico perdido era estar muy pasado por la tisis y a punto de morir, andando muertos, como iban algunos por la calle. Considero por lo tanto muy bien hecho el diagnóstico de muerte por héctiquez, aunque los sabios de ahora no lo comprendan, porque las cosas hay que verlas

y fijarse en ellas y aquellos médicos y otros de después tenían y tuvieron siempre delante esa macabra estampa.

El 9 de mayo de 1885 murió don Lope Moraleda Almoguera, tronco del que proceden todos los Moraledas de Alcázar, de profesión albéitar, a los 72 años, a las 3 de la mañana, en su domicilio de la calle del Cautivo, sin que conste la causa y eso que era del oficio. Era de Herencia y estaba casado en Alcázar con Teresa Sánchez Palomares, padre de don Vicente y demás familia. Era hijo de Vicente, de ahí el nombre de su hijo y de Sebastiana. Y en esta forma tan irregular de despachar a los muertos nos colocamos en la epidemia colérica que tuvo lugar este año, última de las sufridas en la Villa. Después de meses y años de no decir nada de la causa de las defunciones, el 8 de agosto de 1885, aparece el caso de una niña de 7 años muerta a consecuencia de síntomas coleriformes y el mismo día empezaron a registrarse defunciones de coléricos declaradas francamente, siendo el primero el de Ramona Escudero, de Pedro Muñoz, casada con Cándido Pulpón, apellidos muy de la vecina villa, que muere de cólera morbo, y seguidamente se registraron hasta ciento doce defunciones allí abajo, diciendo el sacristán que por causa del cólera se ha perturbado el orden de los asientos.

Don Enrique Manzaneque califica esta epidemia como la más benigna y el recuerdo de los demás coincide con su opinión, pero ya se ve el desastre. El dice, como ya consta en esta obra, que en la epidemia del 55 hubo 300 defunciones sucumbiendo el 90 % de los invadidos; en la del 85 dice que hubo 170 defunciones, el 42 por ciento de los invadidos.

Poco después murió Jesusillo Saminón, el popular mobalzete que con tantos trabajos había terminado la carrera de médico y a cuyo antecedente familiar puede deberse la orientación clínica de Rafael Bonardell. Su semblanza y fotografía se publicaron en el libro 5.º Era sobrino del Cura don Jesús Romero y de ahí que todo el mundo le llamara Jesusillo, aunque su padre también llevaba ese nombre y su madre Mariana. Murió de pulmonía el día 9 de noviembre de 1889 a las seis de la mañana, a los 27 años de edad siendo ya médico titular de la villa. Su nombre verdadero era Jesús Sánchez-Mateos Romero.

La impresión causada en el pueblo por su muerte fue tan profunda que no se le olvidó nunca mientras el sosiego de la vida permitió el largo paladeo de las penas y de las alegrías.

Por los años de morir Jesusillo aparece por primera vez registrado el nombre de Hospital Asilo de los Pobres Desamparados en lugar del de hospital que siempre tuvo. Se consignó este nombre con motivo de la muerte de Petra Perona Guillén, apellido tomellosero, mujer de Alfonso Reguillo, que tuvo lugar en ese establecimiento y ocurrió a las 7 de la mañana del día 3 de julio de 1897 a consecuencia de una endocarditis. Reguillo falleció al año y a los 80 de edad en el mismo Santo Hospital a causa de pulmonía. Se había casado dos veces y la Petra era su segunda mujer.

*

*

*

RECUERDO DE LA VEGUILLA

Aunque otras veces se ha rememorado en estas páginas el citado paraje, me lo hace recordar de nuevo la constante alarma difundida por el mundo de los peligros que el hombre corre al dificultar su vida con sus propios adelantos.

Es curioso lo ocurrido en Alcázar con este motivo, pues la Veguilla actual, que es la de Consuegra y lo mismo la extinguida de Palacio, no era un cenagal, sino un lugar atractivo, de tierra baja, húmeda y fecunda, que ligaba con el Praillo y circundaba los Sitios de una zona de verdor y forraje, constantemente utilizado como pasto para la alimentación de los animales domésticos y para recreo de los paseantes, cuando la vida permitía ese honesto y feliz esparcimiento.

Las tierras, ahora anegadas, eran de las mejores, con ser de primera todas las del contorno de la Villa, según se tiene demostrado en esta obra y yo, a pesar de vivir aquí arriba, tuve muchas ocasiones de frecuentarla por la circunstancia de tener mi padre allí una de sus buenas tierras, hoy de mi propiedad e inutilizada completamente para la producción.

El vecindario llevaba una vida pobre, sencilla pero suficiente y sosegada, cada casa recogía sus pocos desperdicios que luego utilizaba para abonar sus tierras, sin que se recuerde ni se comprenda ahora, que le viniera ningún mal de ello.

Sin alterar esta costumbre, que era pura necesidad, la estación produjo un cambio en las casas de su barrio creando los escusados y haciendo más pestilentes los basureros, reducidos a recoger las deyecciones humanas y residuos de la casa. Ya los gañanes no se atrevieron con aquello y únicamente la necesidad codiciosa de migueletes y herencianos, les haría recogerlos para sus huertas. Y también Pelecha, que los vendía a tan buen precio que pudo envidiarle Don Oliverio.

El agua de nuestros pozos tenía tan abundante tiro para cubrir las necesidades domésticas que nunca subió de nivel, pero se trajeron las aguas potables, segundo y grande adelanto, dejaron de utilizarse los pozos y las aguas llegaron hasta la superficie, como siguen, inutilizando sótanos y cuevas y amenazando con derrumbar muchas de las casas del pueblo. Se imponía evacuar de la Villa las aguas residuarias y ya con ellas las escretas de la población. Alcázar dió una gran prueba de civismo y confraternización y la obra se hizo apartando de la Villa aquel siniestro fantasma de la ruina, pero creándose la Veguilla que, a temporadas y cuando más, había una lagunilla, como tantas otras de la comarca.

Pronto se hizo inextinguible la Veguilla, porque la posibilidad de absorción de nuestro terreno es muy limitada, según prueba la altura de las humedades, a pesar de todos los cementos e impermeabilizantes. Y la situación de la Veguilla ha venido a convertirse en otro gran problema porque si existía la laguna era por su dificultad de evacuación esponánea, y ahora sobrecargada de elementos sólidos, es más difícil de desplazar y habrá de optarse por la posible transformación en el propio lugar de concentración.

Es un problema creado por la solución de otros anteriores, complicaciones de la vida que el hombre mismo se proporciona y que surgen

más anticipadamente en los lugares como el nuestro que no tienen aguas corrientes, pero ya se está viendo que aún los que están dando al mar, no arrojan impunemente sus desperdicios al charco porque se mueren los pescados y nos quedamos sin comida, eso sin contar los otros muchos factores de intoxicación que enrarecen la vida de las ciudades y que nos hacen añorar el tiempo dichoso en que se podía ir al arroyo de la Vequilla, cualquier día de San Marcos, a comerse una buena merienda sentado en el verde o echado después al sol, oyendo los grillos y mondando espigas, como yo lo estuve más de una vez, en aquel ambiente de paz y salubridad que brotaba al amparo de los padres ejerciendo su gañanía.

Cosas de Esperón

Jesús Esperón fue llamado a retratar un muerto.

Cuando entregó las fotografías notó que los dolientes hicieron un gesto, sin duda de pena, y exclamó:

—Ya sé lo que vais a decir, ¡que se ha movió!

Por aquel entonces lo llamó la Emelina para que le hiciera una fotografía con el Pastor Poeta.

Esperón cargó el maquinón en las aguaeras y tirando de la «Preciosa», que era el nombre de la borrica, se presentó a la cita, no asistiendo ni la Emelina ni el autor de «Un alto en el camino».

Enfadado Esperón y para demostrar que él también era poeta, hizo estos versos.

«¡Qué cosa más quiijotesca,
Miss España me desprecia
cuando de mí,
hasta los muertos se acuerdan!»

Una vez le dijeron que con naranjas maullás se mataba el sapo de las viñas.

Ni corto ni perezoso se fue a la Plaza y compró al Corneta y a Tornero todas las que no podían vender al público.

Llegado a la viña cortó las naranjas por la mitad y las puso sobre las cabezas de las cepas, volviéndose al pueblo seguro de que el sapo moriría.

Al día siguiente volvió a la viña y lo estaban esperando en el camino para que les llevara más naranjas.

Esto lo contaba Arturo que lo vio de regresar diciendo:

—¡Leche!, que bien les han sentado. ¡Están más gordos!

Aportaciones de PITOS.

Gabriel el abañil, hijo de Benege, es sordejo. Cuando estaba trabajando, el amasaor al darle la pellá de yeso, en lugar de decirle como es corriente:

—¡Ahí va!

Le daba con el dedo en la pantorrilla.

Al terminar la jornada tenía siempre en el pantalón un pegote de yeso formando cerrete y se lo quitaba con las uñas como un cascabil porque no se le caía al restregarse con el escobón, y regruñía por la costumbre del amasaor aunque reconocía su necesidad.

Otro sucedido, que lo es porque sucede, es que la mujer, hormiguica del hogar ha cambiado totalmente el concepto de su economía. Antes hacía de un duro dos y evitaba hasta los gastos imprescindibles. Desde que ella gana o piensa más en la calle que en la casa, considera preferible gastar y antes de arreglar una prenda va a por otra nueva, pues como no sabe ha perdido el gusto y la satisfacción de su propia obra.

Recordado por Jesús Cortés, el chico del Cojo

En una de las muchas ocasiones que salió Estrella a saludar al Rey a su paso por la estación, al estrecharle la mano exclamó:

—Me caso en San, que fría lleva usted la mano.

La solemnidad cohibe tanto a veces que puede que lo dijera, pero no era eso lo suyo, Jesús, lo suyo natural eran la leche y las hostias expeditas de continuo.

Sucedido vulgar

Me lo contaba hace poco un cordobés muy conocedor de la campiña de Andalucía.

Cogieron un nido de gorriones en el tejado de un cortijo y lo metieron en una jaula. Apercebidos los padres se desvivían por llevarles comida y dárselas por entre los alambres. Al poco los vieron criados y pensaron en soltarlos, cogiendo antes a los padres para que los dieran de comer los pájaros nuevecillos una vez sueltos.

Sucedió que los padres aparecieron muertos de hambre a los pocos días en el suelo de la jaula y la señá Gabriela decía:

—¡José qué contraste, María Santísima! y qué ocurrencia de coger a los padres.

Nota para el archivo alcazareño

Casualmente me ha venido a las manos el detalle curioso de que don Severo Catalina del Amo, aquel hombre tan famoso que era de Cuenca y que siendo el más chico de cinco hermanos de una familia modesta se destacó tanto y tan trabajosamente en la vida nacional, autor del libro LA MUJER que alcanzó tanta popularidad, fue Diputado a Cortes por Alcázar de San Juan el año 1863. El murió en Madrid el año 1871, a los 39 años y bien consagrado como político y escritor.

* * *



La casa de Cervantes aparece hoy por cuarta vez en esta obra, cada reproducción con una fisonomía distinta y en la de hoy con la cualidad de que se ve claramente la lápida que había sobre la puerta de la calle y debajo de la ventana de cuarterones que tenía la cámara.

Las andanzas de la lápida se podrían ilustrar con una anécdota muy regocijante reveladora de nuestro modo de ser y cuando la vea Enrique Manzanque no dejará de evocar el recuerdo del amigo Eulogio Quintanilla y meditar en como se escribe la historia.





Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1971